El
Rey de Bastos.

7

Mariano Otero

EL REY DE BASTOS.

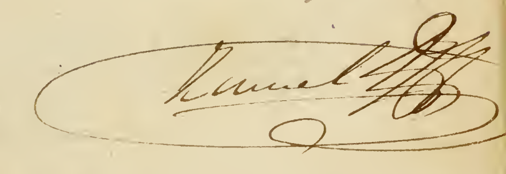
EL REY DE BASTOS.

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN VERSO,

ORIGINAL DE

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe, la noche del 23 de setiembre de 1859.





MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1859.

DISTRIBUCION DE PAPELES.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA CONCEPCION....	D.ª JOSEFA PALMA.
DOÑA REMEDIOS......	CONCEPCION SAMPELAYO.
D. GASPAR............	D. MANUEL CATALINA.
D. AMADEO...........	JOSÉ CALVO.
D. NARCISO...........	EMILIO MARIO.
D. ÁNGEL..............	JOSÉ AZNAR.
ANASTASIO...........	RAMON GUZMAN.
UN CRIADO (de la fonda)..	N. RODRIGUEZ.

La accion se supone en Madrid, época actual; primero y segundo acto en casa de Doña Concepcion, y el tercero en la fonda de la Habana.

ACTO PRIMERO.

Sala elegantemente amueblada. Puertas al foro y laterales: balcon á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

CONCEPCION, DOÑA REMEDIOS, junto á la chimenea. En una de las sillas del foro habrá un talma negro de señora.

REM. ¿Con que por fin te decides
á elegir entre los dos?...
CONC. ¡Ay, tia! líbreme Dios
de acceder á lo que pides.
REM. Veintitres años cumplidos
tienes, y ten muy presente
que á esa edad no es conveniente
ir despreciando partidos.
CONC. ¿Con que es decir que tú quieres
me vuelva á casar?... ¡Qué horror!
REM. ¡Tonta! si esa es la mayor
victoria de las mujeres.
Porque entregada al demonio,
pasa una existencia amarga
toda mujer que no carga
con la cruz del matrimonio.
Yo soy doncella, y te hablo,
Concepcion, por experiencia,
que á luna de Valencia

me quedé por oir al diablo.

CONC. Ven acá, tú vas á darme
la razon.

REM. ¡Qué dices!... yo...

CONC. Tú, si: vamos, ¿qué sacó
mi buen padre con casarme?

REM. Darte un hombre, un adalid
que te protegiese...

CONC. Tia...
¡si mi marido vivia
en la Habana, yo en Madrid!
¿Cómo prestarme su mano
socorro, si quiso Dios
colocar entre los dos
las aguas del Océano?...

REM. Es verdad... Don Roque Prasa,
comerciante infatigable,
fué el amigo inseparable
de tu papá, y en su casa,
que era la mas principal
de la córte, sin cuidado
tenia depositado
mi hermano su capital.
Contabas tú diez abriles
por entonces: tan hermosa,
que de tu cara de rosa
los delicados perfiles
daban ya muestra segura
de que, si no te afeabas,
á ser destinada estabas
la reina de la hermosura.
Don Roque al verte, aunque austero
siempre solia exclamar:
«Á esta la hemos de casar
con Ricardo, mi heredero.»
Cuando en una carta un dia
leyó el anuncio tirano
de la muerte de un hermano
que en América vivia.

CONC. Y despues de años sin cuento,
fiel don Roque á cuanto dijo,
escribe diciendo: «Mi hijo

dispuesto está al casamiento.»
Dicho y hecho: lo arreglaron;
y extendiendo unos poderes,
sin preguntarme: «¿Tú quieres
esta boda?» nos casaron.
Casada la niña ya,
bendice á la suerte ingrata,
cuando la muerte arrebata
en tres dias al papá.
Pasa un mes, dos, hasta trece,
y voy cobrando el reposo;
pero mi bendito esposo
ni se anuncia ni parece.
Y al fin de tanto esperar
escribe mi suegro amado
diciendo que se ha tragado
á mi marido la mar;
de cuyo fin lastimoso
me dará mas pormenores
don Gaspar Garcia Amores,
que fué amigo verdadero
del desgraciado difunto,
el cual á esta córte viene,
pues terminar le conviene
no sé qué importante asunto.

REM. Mas, Concepcion, ¿quién pudiera
imaginar tal desgracia?

CONC. Desgracia que hizo la gracia
de hacerme viuda y soltera.

REM. Si; mas cuando hay pretendientes
á tu mano... Cuando veo
que Narciso y Amadeo
son dos personas decentes...

CONC. Un pollo que bebe ron,
que fuma y juega al billar,
que no tiene paladar,
que no tiene corazon.

REM. Don Amadeo...

CONC. Yo muero.
Un militar retirado,
que entre él y el Empecinado
se comieron un carnero.

REM. Pero ..
CONC. Tia, por favor,
si su amor no han declarado,
¿me he de sentar á su lado
á declararles mi amor?...
¿Está bien que la mujer
les coja de la solapa
y les diga: «Yo soy guapa
y usted me debe querer.»
REM. No; pero les causa espanto
ver que te ries de todo,
y...
CONC. Pues que busquen el modo
de que no me ria tanto.
REM. Mas...
CONC. Deja que libre sea,
que mientras yo tenga dote
no faltará un don Quijote
que quiera á esta Dulcinea.

ESCENA II.

DICHAS, ANASTASIO por el foro.

ANAST. Un caballero que espera
el permiso para entrar,
me ha entregado este papel
para ustedes.
CONC. (Despues de leer.) ¡Já, já, já!
REM. ¿Te ries?
CONC. Oye. (Lee.) «Un sujeto
»que ayer llegó de Ultramar,
»solicita media hora
»de audiencia.»
REM. Es original.
CONC. Díle que pase. (Váse el criado.) Tú puedes
recibirle.
REM ¿Qué, te vas?
CONC. Es mas prudente que tú...
REM. Tienes razon.
CONC. ¿Quién será?)
(Váse por la puerta izquierda.)

ESCENA III.

DOÑA REMEDIOS, en el foro D. GASPAR y el criado que le indica con la mano y se marcha.

GASP. (Desde el foro.)
¿Dá usted permiso?
REM. Adelante.
GASP. (Entrando.)
Á calcular por la edad,
será usted doña Remedios...
REM. De Castro.
GASP. Muy bien está.
REM. (¿Quién será este hombre?)
GASP. ¿Usted tiene
una sobrina?...
REM. ¡Si tal!
GASP. ¿Concepcion Castro?...
REM. La misma.
GASP. Que hace un año, poco mas,
se casó con don Ricardo...
REM. De Prasa.
GASP. Y Caravajal,
que halló desgraciada muerte...
REM. Pero...
GASP. ¿Su tumba en el mar?..
REM. Si, mas...
GASP. Dejando su esposa
viuda.
REM. (Con rapidez.) Y á un tiempo soltera.
GASP. Tuvo esposo.
REM. (Levantando la voz.) Nominal.
Se casaron por poderes,
de modo que en realidad,
ni ella verle consiguió
ni él ha conseguido...
GASP. (Con marcada intencion.) Ya. (Pausa.)
REN. Pero aun no tengo el honor
de conocer...
GASP. Es verdad;
y pues usted se impacienta

por saberlo, soy Gaspar
Garcia Amores, y vengo
de América.

REM. Usted será
el amigo...

GASP. Si, del padre
del hijo, y...

REM. (¡Qué original!)

GASP. Calcule usted cuando vengo
de parte suya á entregar
á Concepcion una prueba
de su amor y de... Aqui está.
(Saca un estuche de uno de los bolsillos de la levita.)

REM. ¡Lindo estuche!

GASP. Si, á fé mia.

REM. ¡Qué labor tan especial!
y la joya que contiene
magnífica, ¿no es verdad?

GASP. Se supone... (Sin darla el estuche.)

REM. Á ver...

GASP. (Distraido y jugando con el estuche.)
Es joya
de un mérito singular.

REM. ¿Se puede ver?

GASP. (Guardándose el estuche en un bolsillo.)
Me han hablado
de la angélica bondad
de Concepcion.

REM. ¡Oh! no en vano
la pretenden con afan.
Tiene dos que la... ¡Pues!...

GASP. ¿Dos
nada menos?

REM. Nada mas.

GASP. ¿Y ella?...

REM. Pero en estos tiempos
en que la inmoralidad
de los hombres evapora
el lazo matrimonial,
la que tiene dos amantes
es...

GASP. Porque no tiene mas. (Con naturalidad.)
REM. Se supone.
GASP. Mas la viuda?...
¿corresponde?...
REM. He dicho ya
que tiene dos.
GASP. Pero ¿y ella?...
REM. Ella... Me voy á explicar
en pocas frases. El uno
es un pollo angelical.
GASP. Pero...
REM. El otro es el reverso
de la medalla; no hay
quien sufra su genio.
GASP. Pero...
REM. Es el mismo Barrabás:
sin embargo, el coronel
tiene un aire tan marcial
y se mantiene tan fresco,
que...
GASP. ¿Quiere usted acabar
con tanta pintura inútil
y decirme ¡voto á san!
si ella corresponde ó no?
REM. Ella es lo mas contumaz
que conozco Mas yo entiendo
la aguja de marear:
pero escuche usted, me bulle
entre ceja y ceja un plan.
GASP. ¿Se puede saber?
REM. Si usted
me ayudara...
GASP. Yo... quizás...
REM. Ya sabe usted, que los celos
al amor pábulo dan,
y si en usted los dos prójimos
vieran...
GASP. ¿A quién?
REM. Á un rival,
quiere decir que...
GASP. (Mudando de tono.) Comprendo:
soy casado.

REM. ¡Qué mas dá!
GASP. ¡Cómo!...
REM. Usted debe fingir
que ama...
GASP. ¿Y bien?...
REM. Pero no amar.
GASP. Señora doña Remedios,
míreme usted faz á faz
y dígame sin rodeos
si le es permitido andar,
poniendo los ojos tiernos
y echándola de Roldan,
á un sujeto, verbi gracia,
como un servidor de...
REM. ¡Bah!
no hay hombre feo.
GASP. ¡Señora!...
no me ha gustado jamás
hacer comedias.
REM. ¿Se niega
usted?...
GASP. ¡No me he de negar!...
He dicho que soy casado:
respeto la propiedad
del prójimo, y me parece
que es altamente inmoral,
teniendo mujer en casa
buscarla en la vecindad.
Con que asi, señora mia,
si á usted no le viene mal,
diga usted á la señora
que la espero.
REM. Bien está.
(¡Jesus!... es un indio bravo
que viene del Paraguay.) (Váse por la izquierda.)

ESCENA IV.

D. GASPAR, solo.

¡Pues bien pensado, esa vieja
es una calamidad!

¡Pues no faltaba otra cosa
que fuera yo á enamorar!...
Cada vez que en el espejo
veo esta cara de agraz,
reniego de las viruelas
y la caida bestial
que me puso de este modo
tan desfigurado y tan...
y eso que me vacunaron
á los seis meses de edad.
Cuando pienso que hace un año
era un hombre regular,
y ahora... pero paciencia
y adelante con mi plan.
Y está bien puesta la casa.
Buen piano... tocará...
Una caja de pintura:
¡hombre, si sabrá pintar!...
hay cierta elegancia en todo
que me encanta, y que me...
(Viendo á través del espejo á Concepcion, que sale de su cuarto.)
¡Ah!

ESCENA V.

D. GASPAR, CONCEPCION.

GASP. (¡Es ella! ¡Hermosa es á fé!) (Se vuelve.)
Señora... (Saludando.)
CONC. (¡Qué hombre tan feo!)
Beso á usted la mano...
GASP. Creo
que ya le habrán dicho á usté...
CONC. Si, que era usté el portador
de un regalo...
GASP. Esta cajita.
CONC. Gracias.
(Toma la caja y la deja sobre el velador sin abrirla.)
GASP. (Mirándola.) (¡Pues es muy bonita!)
(¡Y no es curiosa! ¡mejor!)
CONC. ¿Pero no toma usté asiento?

GASP. Con su permiso... (Sentándose.)
CONC. ¿Qué tal
queda don Roque?
GASP. Muy mal:
es tan viejo... y el violento
golpe de la inesperada
muerte de su hijo querido,
le dejó tan abatido
que no sirve para nada.
CONC. ¡Pobre Ricardo!...
GASP. Si á fé,
á los treinta años de edad.
CONC. Fué una desgracia en verdad
su muerte.
GASP. Siempre en usté
su pensamiento tenia,
su afan en usted cifraba,
en usted solo soñaba,
por usted solo vivia.
CONC. ¡Don Gaspar! (Enjugándose una lágrima.)
GASP. ¡Vá usté á llorar!..
Á lo hecho pecho, y paciencia:
fallos de la Providencia
que debemos respetar.
CONC. Es verdad.
GASP. Tambien deploro
al mirarla á usted tan bella,
la desventurada estrella
del que perdió tal tesoro;
que es muy triste para mí,
Concepcion, este momento,
porque en usted un portento
de hermosura, un ángel ví.
Mas no debo...
CONC. (¡Pues no es tonto!)
GASP. Evocar recuerdos que...
CONC. Cierto... ¿y cuándo piensa usté
volver á América?
GASP. Pronto.
CONC. ¡Pronto! ¿cómo es eso?...
GASP. Allí
dejé á una esposa querida,

que es la mitad de mi vida.

CONC. ¡Usted es casado!

GASP. Si. (Pausa.)
¿Se asombra usted?

CONC. ¡Oh! no tal.

GASP. Yo muchas veces la digo
que fué el casarse conmigo
casi un pecado mortal.

CONC. ¡Oh! no tanto...

GASP. Siendo bella,
¡quién dudara que lo fué?

CONC. ¿Con que es bella?

GASP. Solo usté
puede competir con ella.

CONC. Mil gracias.

GASP. Suelen tener
ciertas mujeres antojos...

CONC. (¿Dónde tendria los ojos
esa bendita mujer?...)
¿Del amor fué consecuencia
el enlace de los dos?...

GASP. ¿Del amor? ¡Líbreme Dios!
fué enlace de conveniencia.

CONC. ¿Y hay paz?

GASP. ¿Si hay paz? ¡ya lo creo!
Sumaron diez y diez veinte,
y nos dijeron, corriente,
que se casen, y laus deo.
Y aun no ha habido un somaten
que separe nuestra renta,
que ella vive muy contenta
y yo lo paso muy bien.
Porque, señorita, hoy dia,
el lazo matrimonial
es una razon social
de Fulano y compañia.

CONC. Já, já, já, me hace reir
la novedad sobre todo.

GASP. El casarse de ese modo
es mas viejo que el dormir.
Mi abuelo asi se casó
y mi padre, y no hubo engaño;

no tiene nada de extraño
que asi me casara yo!

CONC. (¡Qué original!)

GASP. Con franqueza:
usted que no admite infiero,
que se casen por dinero
la fealdad con la belleza.

CONC. Cierto.

GASP. Usted no conoció
á su esposo, y francamente,
si él hubiera sido un ente,
verbi gracia, como yo...

CONC. Tal supuesto...

GASP. Es un capricho

CONC. ¿Con que usted es caprichoso?

GASP. Vamos, al ver á su esposo
tan feo... ¿qué hubiera dicho?

CONC. Hubiera dicho á su amor
y á mi virtud siempre fiel:
entre el deshonor y él
es mas feo el deshonor.
Como hombre, feo le hallara;
mas como á marido, hermoso,
pues la que encuentra á su esposo
feo es porque le compara
con otros que no lo son;
y obrando asi, su honor trunca:
que la que es honrada nunca
hace esa comparacion. (Pausa.)
—Se queda usted tan callado
que pienso que le he ofendido...

GASP. No... usted solo ha respondido
á lo que le he preguntado.
Y no me ofenden los labios
aunque me apelliden feo,
pues yo, señora, no veo
en las verdades agravios:
que á fuer de buen comerciante,
aunque me encuentre en la córte,
es la franqueza mi norte
y la verdad por delante.

CONC. En prueba que á esa franqueza

que me brinda correspondo,
le diré que vale el fondo
de usted mas que la corteza.

GASP. Dispense usted si no admito
ese parecer de usté,
pues nadie mi fondo vé
si yo no se lo permito.

CONC. ¿Niega usted á la mujer
la sagaz penetracion?

GASP. Si, porque á mi corazon
ni yo le llegué á entender.
No hay miedo, pues, que reciba
un huésped en donde él mora,
porque es mi alma una señora
poco comunicativa.
Dormida en sueño profundo
la tengo, y quiero que duerma.

CONC. ¿Tal vez salió á ver el mundo
y volvió del mundo enferma,
herida de amor?

GASP. ¡Quién sabe
de lo que llegó á enfermar!

CONC. Pues cuidado, don Gaspar,
que esa enfermedad es grave.

GASP. Aquel que á la sombra crece
del árbol de la razon,
ese manda al corazon
y el corazon le obedece.

CONC. Teniendo esa rectitud
nuestra vida se lastima.

GASP. Señora, el que en algo estima
el honor y la virtud,
solo puede hallar la calma
de esta vida pasajera
cuando la conciencia impera
tranquila en mitad del alma.
Mas reparo por mi fé
que ocupándome de mí,
ya mi comision cumplí
y estoy molestando á usté.

CONC. ¡Molestarme... don Gaspar!

GASP. Sintiera ser enojoso...

CONC. Quien fué amigo de mi esposo
no me puede molestar.
GASP. Mil gracias...
CONC. (Tan esmerada
conversacion me ha asombrado...
¡Qué lástima!... ¡y es casado!)
GASP. ¿Qué decia usted?
CONC. Yo nada.
GASP. (¡Y está hermosa!)
CONC. (Á la verdad
hay un no sé qué en su cara
que cuando mas se repara
es menos su fealdad!)
GASP. ¿Y qué tal se pasa aqui
la vida?
CONC. Ni bien ni mal.
¿Y en América?
GASP. Tal cual.
Es decir, asi, asi. (Pausa.)
CONC. ¡Don Gaspar!
GASP. ¡Señora mia!
CONC. ¿Quiso usted mucho á Ricardo?
GASP. Como á un hermano, y de él guardo
la memoria todavia
en el corazon grabada,
que una amistad verdadera
ni la misma muerte altera
ni puede extinguirla nada:
que el hombre que á la amistad
no dá en su pecho cabida,
es una planta podrida
que mancha á la sociedad.
CONC. ¿Rinde usted adoracion
á los amigos?...
GASP. Si tal,
pues se precia de leal
y noble mi corazon.
CONC. Amistad tan consecuente
dichoso el ser que consiga.
GASP. Si usted quiere ser mi amiga,
por mí no hay inconveniente.
CONC. Acepto.

GASP. Esta es mi mano.
CONC. Y esta es la mia.
GASP. Desde ahora
verá usted en mí, señora,
al amigo y al hermano.
CONC. Con que amigos, don Gaspar.
GASP. Nuestra amistad aqui empieza,
y en prueba de mi franqueza
hoy me quedo aqui á almorzar.
CONC. ¡Caballero! (Levantándose.)
GASP. (Se levanta.) ¡Vírgen santa!
Vacila... Usted no es mi amiga.
CONC. Permita usted que le diga...
GASP. Usted la amistad quebranta.
CONC. Pero...
GASP. Usted se vuelve atrás
solo porque me convido.
CONC. Mas...
GASP. Señora, usted no ha sido
amiga mia, jamás.
(Coge el sombrero y saluda como para marcharse.)
CONC. Bien, acepto.
GASP. Hasta despues.
CONC. ¿Se vá usté?...
GASP. Vuelvo al instante.
CONC. (¡Qué hombre tan extravagante!)
Abur.
GASP. Beso á usted los pies. (Váse por el foro.)

ESCENA VI.

CONCEPCION, sola.

¿Se habrá visto otra mujer
en el trance que me veo?... (Pausa.)
¡Qué hombre tan original!...
y tiene muy buen talento...
despues su conversacion
es tan amena... yo creo.
que he hecho mal en aceptar.
¿Mas cómo evadirme?... y luego
á un amigo de mi esposo

cómo negarle un almuerzo!..
despues hay cierta soltura
en sus modales... No hay miedo
cometa una indiscrecion
conmigo.

ESCENA VII.

CONCEPCION, DOÑA REMEDIOS, por la puerta izquierda.

RÉM. ¿Se fué el isleño?
CONC. Si. (Distraida.)
REM. ¿Qué te parece?
CONC. Un hombre
extremadamente feo.
REM. Para tí todos son malos.
CONC. Y para tí todos buenos.
REM. Eso es porque tú no sabes
lo que conviene á tu sexo,
¿estamos? porque te falta
la experiencia que yo tengo.
CONC. ¡Ay! ¡me olvidaba! Hoy almuerza
con nosotros.
REM. ¿Si? me alegro.
CONC. Con que dispónlo...
REM. Corriente.
Gracias á Dios que tendremos
con quien hablar en la mesa.
Pero, Concepcion, yo pienso
que debemos convidar
á Narciso y Amadeo.
CONC. ¡Tia!...
REM. ¡Ya ves, qué dirán!
que obsequias á un forastero
y á ellos, que son conocidos
antiguos en casa... y luego,
vale mas comer con tres
hombres que con uno.
CONC. Cierto.
REM. Narcisito está pintándote
la mesa revuelta.
CONC. Pero...

REM. Y luego el coronel fué amigo
de tu padre.
CONC. Bien, acepto.
Pero te lo arreglas tú
como cosa tuya.
REM. Bueno.
CONC. ¡Oh! qué cabeza... aun no he visto...
(Coge el estuche y lo abre. Doña Remedios se acerca para ver lo que contiene.)
REM. ¡A ver!... ¡Magnífico!... ¡Regio!
CONC. ¡Lindas perlas!
REM. ¡Qué elegante!
CONC. ¡Pobre Ricardo!
REM. (Sacando la joya.) ¿Y qué es esto?
CONC. Una inscripcion.
REM. Á ver, lee.
CONC. (Leyendo.) «A Concha. Como recuerdo
del primer amor. Ricardo.»
CRIADO. (Saliendo.)
El señor don Amadeo
pide permiso.
REM. Que pase. (Váse el criado.)
CONC. Cumple por mí: yo me siento
algo indispuesta.
REM. ¿Te marchas?
CONC. Si, voy á vestirme.
REM. Bueno,
no tardes mucho.
(D. Amadeo aparece en la puerta del fondo y se dirige sombrero en mano á saludar á Concepcion.)
AMAD. Señora,
estoy á los pies de...
CONC. (Desapareciendo por la izquierda.)
Vuelvo.

ESCENA VIII.

DOÑA REMEDIOS, D AMADEO. Este se queda asombrado por un momento: luego se cala el sombrero y se dirige hácia la puerta del foro. Doña Remedios le corta el paso.

AMAD. Pues tocan á retirada

tomo las de Villadiego.
REM. ¿Dónde vá usted?
AMAD. Á tomar
el aire.
REM. Señor mal genio,
venga usté acá.
AMAD. Señora,
yo soy un soldado viejo,
y la que á mí se me escapa...
REM. Siéntese usté y hablaremos.
(Yo sudo... se vá á marchar.)
AMAD. Confiese usted sin rodeos,
que su fuga ha sido un
bofeton de cuello vuelto
que me chafó...
REM. ¡Quién lo niega!
mas...
AMAD. Y que yo no merezco...
REM. Es verdad...
AMAD. Pues nunca olvido
lo que se debe á su sexo.
REM. Pero usted, hombre de mundo,
usted que no ignora aquello
de que el juicio de las hembras
está todavia en pleito,
que muchas veces eligen
lo que les conviene menos,
que tienen muchos caprichos
y que hay caprichos funestos,
funestísimos, ¡estamos!
sírvale á usted de gobierno.
AMAD. ¡Cómo!...
REM. (Con intencion.) La ha dado una joya...
AMAD. ¡Una joya!...
REM. De alto precio...
AMAD. ¡Si!
REM. ¡Conviene no dormirse!
AMAD. ¡Qué!...
REM. Lo dicho: el habanero
es un hombre muy corrido.
AMAD. ¡Eh!...
REM. Y tiene mucho de esto;

(Marcando con los dedos que tiene dinero.)
y como usted no le dice
esta boca es mia...

AMAD. Pero...

REM. Y ella se encuentra en la crisis
que es natural á su sexo...

AMAD. Mas...

REM. Y el pollito, que es listo,
se aprovecha de...

AMAD. (Como queriendo taparle la boca y dando un grito.)
¡Alto el fuego!

REM. Me ha asustado usted...

AMAD. No importa;
asi parlamentaremos.
Explíquese usted por partes,
pues yo ni una jota entiendo
mientras su lengua de usted
siga tocando á degüello.

REM. Queria decirle que hay
moros en la costa.

AMAD. Bueno.

REM. Que don Narciso y el otro...

AMAD. ¿Quién es el otro?

REM. Un sujeto
que ha venido de la Habana.

AMAD. Corriente.

REM. Y razones tengo
fundadas para creer
que el amor arde en su pecho.

AMAD. ¡Rayos!...

REM. Y que Concepcion
no se hace de pencas.

AMAD. ¡Truenos!

REM. Hoy se queda aqui á almorzar;
pero yo, que no me duermo
en las pajas, he logrado
que usted almuerce con ellos.

AMAD. De manera que yo estoy
convidado.

REM. Si.

AMAD. Me alegro.

REM. Con que, valor, que otras torres

mas altivas se rindieron.
AMAD. Pierda usted cuidado.
REM. Ahora
voy á arreglar... Hasta luego.
(Vamos, si no se declara
tiene el corazon de hielo.) (Váse.)

ESCENA IX.

D. AMADEO.

¡Uf... el diablo se me lleva!...
¡en cuanto salga á la calle,
al primer soldado que halle
le pongo como una breva!

ESCENA X.

D. AMADEO, NARCISO por el foro. Este debe llevar un talma negro que dejará en una de las sillas.

NARC. Toque usté estos huesos. (Le tiende la mano.)
AMAD. (Apretándosela.) Toco.
NARC. ¡Ay!
AMAD. ¿Se queja usté? Corriente.
Ó me dice lo que siente,
ó le juro...
NARC. (Mirándole con recelo.) (¿Estará loco?)
AMAD. ¡Eh! no hay para qué asustarse;
¿lo oye usted?
NARC. (¡Vaya un exceso!)
AMAD. ¿Lo oye usted?
(Alzando la voz y acercándose con mirada amenazadora.)
NARC. ¡Hombre!... por eso
no es preciso incomodarse.
AMAD. Solos estamos.
NARC. Verdad.
AMAD. Me alegro.
NARC. Lo mismo digo.
AMAD. Sabe usted que soy su amigo.
NARC. (Reniego de tu amistad.)

AMAD. Escuche usted, y le advierto
que si lo niega me irrita.
NARC. Pero...
AMAD. Usted ama á Conchita.
NARC. Es que...
AMAD. La ama usted.
NARC. Es cierto.
AMAD. ¡Con que era verdad!... ¡Horror!...
Míreme usted sin rebozo.
NARC. Pero...
AMAD. ¿No soy un buen mozo?
NARC. No, señor.
AMAD. ¡Eh!
NARC. Si, señor.
(¡Oh! ¡no hay quien te pegue un tiro!)
AMAD. (Le domino; no le dejo.)
Mírese usted á ese espejo...
Se mira usted ó...
NARC. Me miro.
AMAD. Confiese usted sin rubor
lo que vé en él.
NARC. Lo que veo
es...
AMAD. Es un hombre muy feo.
NARC. No, señor.
AMAD. ¡Eh!
NARC. Si, señor.
AMAD. Y pues es el menos digno,
renuncie á Conchita.
NARC. ¡Yo!
AMAD. Se resigna usted, y...
NARC. ¡No!
AMAD. ¡Cómo que no!
NARC. Me resigno.
AMAD. Aunque es forzoso y lo siento,
que á esa condicion se ajuste,
puede usté hacer lo que guste
porque yo á nadie violento.
En mis méritos se apoya
mi amor, no temo un desden,
pero en fin, veremos quién
es el que gana la joya.

Haya guerra.

NARC. De eso trato.

AMAD. Pero guerra noble y franca.

NARC. La habrá.

AMAD. Y si usted me desbanca,
quiere decir que... le mato.

NARC. ¡Eh!...

AMAD. ¿Se asusta usted? ¡bobada!

NARC. Es que...

AMAD. Á veces no respondo
de mí... Pero tengo un fondo...
(Narciso mira hácia el gabinete de Concepcion.)
¿Qué está usted mirando?

NARC. Nada.

AMAD. Es usted un buen sujeto,
y en prueba de que yo soy
su amigo...

NARC. ¡Mi amigo!

AMAD. Voy
á confiarle á usté un secreto.
Hay un tercero, y me irrita.

NARC. ¿De veras?

AMAD. Hombre es de pro.

NARC. ¿Y usted lo consiente?

AMAD. No.
Mas al amor de Conchita,
aspira y es hombre digno.

NARC. Pero, señor, ¿qué derecho?...

AMAD. No sospecha usted...

NARC. ¡Sospecho!...

AMAD. ¿No se indigna usted?

NARC. ¡Me indigno!...

AMAD. Claro.

NARC. Pero en realidad,
¿de qué me indigno?

AMAD. ¡De qué!
¡y lo pregunta!...

NARC. Si usté
aun no me ha dicho...

AMAD. Es verdad.
Vá usté á saber lo que pasa.
Concha tiene un pretendiente

á su mano.

NARC. ¡Habrá insolente!

AMAD. El cual visita esta casa.

NARC. ¡Quién es ese temerario!
no, pues como yo le atrape...

AMAD. ¡Es muy rico... mucho!

NARC. ¡Zape!

AMAD. ¡Muy espléndido!

NARC. ¡Canario!

AMAD. Ama á Concha con pasion.

NARC. Pero es absurda esa boda.

AMAD. En fin, comprenda usted toda
la fuerza de la expresion.
(Mirando en torno suyo con recelo.)
¡Es americano!

NARC. ¡Oh!

AMAD. Es natural que se asombre.

NARC. ¿De modo que ese hombre?...

AMAD. (Indica con los dedos que tiene dinero.)
Es hombre
de mucho...

NARC. Eso digo yo.
Nuestro sino es tan impio,
que ella le amará, lo espero.
(D. Gaspar y Anastasio aparecen en el fondo)

ANAST. Voy á avisar, caballero.

GASP. Bien. (Váse Anastasio)

AMAD. ¡Será él!

NARC. ¡Dios mio!

ESCENA XI.

D. GASPAR, D. AMADEO, NARCISO.

D. Amadeo se sienta en una butaca, coge un periódico y se pone á leer. Narciso le imita sentándose junto á la mesa, y poniéndose á pintar en un album. D. Gaspar los contempla un momento desde el foro. Pausa.

GASP. (Si serán?... del mal el menos:
un pollo y un licenciado.)

NARC. (¡Qué hombre tan mal encarado!)

GASP. Buenos dias. (Saludando.)

AMAD. (Levantándose y volviendo á sentarse.)
Buenos.

NARC. (Haciendo lo mismo que D. Amadeo.)
Buenos. (Pausa.)

AMAD. (Aunque un año asi te quedes,
no te hablo.) (Pausa.)

GASP. (¡Qué originales!)
En casos excepcionales...
(Coge una silla, la coloca en mitad del teatro y se sienta.)
Sin el permiso de ustedes.

NARC. (Pues el habanero es ducho...
no se corta.)

GASP. (En fin, probemos.)
Si el tiempo sigue, tendremos
mucho frio.

AMAD. (Volviendo la cabeza.) ¡Mucho!

NARC. (Haciendo lo mismo.) ¡Mucho!

GASP. (Vamos, la escena me agrada
para formar un retablo.)

AMAD. (Que se fastidie, yo no hablo.)

GASP. ¿Decia usted? (A D. Amadeo.)

AMAD. (Con sequedad.) Nada.

NARC. Nada.

GASP. ¡Nada! pues nada, no chisto. (Pausa.)
(Vaya un entrés.)
(El coronel golpea el suelo con el pié.)

NARC. (¡Ay! que piafa
el coronel.)

AMAD. (¡Uf! me chafa
su frialdad: yo le embisto.)
Una pregunta. (A D. Gaspar.)
(D. Gaspar vuelve la silla y se coloca frente á frente de D. Amadeo.)

NARC. (Es capaz
de provocarle.)

AMAD. ¿Es usted
americano?

GASP. ¡Si á fé!
y usted muy...

AMAD. ¡Qué!

GASP. Muy sagaz

AMAD. De modo que á no dudar,
usted, segun pormenores,
es...
(D. Gaspar se levanta, saluda y dice saludando.)

GASP. Gaspar Garcia Amores,
comerciante en Ultramar. (Se sienta.)

AMAD. Gracias: Amadeo Fieles, (Se levanta y saluda.)
coronel de provinciales. (Se sienta.)

GASP. Gracias. (Se levanta y se sienta.)

NARC. (Se levanta y saluda.) Narciso Rubiales,
émulo humilde de Apeles. (Se sienta.)

GASP. (Se levanta y le saluda.)
Gracias. (Se sienta otra vez.)

AMAD. Ya sabe usted.

GASP. Sí:
quedo enterado.

AMAD. Corrientes. (Pausa.)

GASP. ¡Pues señor, vaya un par de entes!

AMAD. Pero sepa usted que aqui
(Levantando la voz y volviendo con rapidez la silla de modo que quede de frente á D. Gaspar. Este hace lo mismo.)
yo he conquistado su aprecio,
y es inútil que le diga
que si hoy Conchita es mi amiga,
mañana será...
(Hace girar la silla y se queda de espaldas y vuelve á leer su periódico.)

GASP. (¡Qué necio!)
¿Y usted tambien?...
(Volviéndose á Narciso y preguntándole.)

NARC. Hoy en dia
lo que el señor manifieste (Por D. Amadeo.)
manifiesto yo.

GASP. (Pues este
es mas necio todavia.)

AMAD. De modo que será nulo
cuanto usted haya pensado.

GASP. Cierto, pues que soy casado.
(D. Amadeo y Narciso se levantan como movidos por un resorte, y dicen levantando la voz y mirando

á D. Gaspar con asombro.)

NAR. y AM. ¡Casado!
GASP. ¡Si!
AMAD. (Tendiéndole la mano) Capitulo.
GASP. ¡Mil gracias!
NARC. (Dándole la mano.) Lo mismo digo.
AMAD. Un amigo en mí le ofrezco
desde ahora.
GASP. Yo agradezco...
NARC. En mí tiene usté un amigo.
AMAD. Dispense usted, caballero,
mi rudeza.
GASP. No hay de qué.
NARC. Si, dispénsenos usté...
GASP. Basta, señores.
AMAD. Yo espero
que pronto podré probar
que es mi amistad verdadera.
NARC. Si, señor; lo mismo espera
un jóven peninsular,
que soy yo. Mas con permiso:
tratémonos *sans façon*.

(Se sienta á dibujar. D. Amadeo coge del brazo á D. Gaspar, y le dice llevándosele á la parte opuesta de donde se halla Narciso.)

AMAD. ¿No es verdad que es un simplon
el bueno de don Narciso?
GASP. ¡Mucho! (¡Como tú!)
AMAD. Y despues
¿no es verdad que es cosa rica...
GASP. ¿El pollo?
AMAD. ¡Hombre, no!... la chica...
la viuda...
GASP. ¿Que si lo es?...
un portento.
AMAD. Un serafin,
y despues que, francamente,
á todo bicho viviente
le llega su san Martin.
Yo me he mirado al espejo,
y he visto sin desagrado
que soy un hombre chapado

asi, entre jóven y viejo.
Tengo tres duros de haber;
y con esto y con mi renta
puede vivir muy contenta
y dichosa mi mujer.
Y pues con fuerzas me siento,
aunque mi edad sea larga,
para soportar la carga
del sétimo sacramento,
á la mayor brevedad
la hablo y... salimos del paso;
y si apechuga, me caso,
hago esa barbaridad.

GASP. Y eso es lo mas natural.

AMAD. ¿Usted lo aprueba?

GASP. Lo apruebo.

AMAD. Si bien no soy un mancebo,
no soy ningun carcamal
de esos mil que hay despreciables.

GASP. Cierto.

AMAD. ¿Y usted conoció
al esposo de...

GASP. Él y yo
éramos inseparables.

AMAD. Hombre, tambien fué desgracia
morirse sin conocer
á su esposa, á una mujer
tan linda, con tanta gracia...

GASP. ¡Bah!...

AMAD. ¡Cómo!...

GASP. Para inter nos,
¿usté es callado?

AMAD. Callado.

GASP. Pues bien: se han visto y hablado
en esta casa los dos.

AMAD. Hombre, eso es grave.

GASP. Sigilo...

AMAD. Pues si me ha dicho su tia
que ellos no...

GASP. Le convendria
tal vez.

AMAD. Ya no estoy tranquilo.

NARC. (¿Qué hablarán con tal misterio?)
AMAD. (¿Será grilla?... bueno fuera
que este indio se divirtiera
con... no; pero el caso es sério.)
Lo mejor es ser prudente,
pues pudiera suceder...
pero hombre ¡que una mujer
tenga tanto inconveniente!...

ESCENA XII.

DICHOS, CONCEPCION, DOÑA REMEDIOS, por la izquierda.

CONC. ¿Ustedes aqui, señores,
y sin pasarme recado?
NARC. Conchita, á los pies de usté.
AMAD. Señora...
CONC. (A D. Amadeo.) ¿Pasó el agravio?...
AMAD. Confiese usted que su fuga...
REM. Fué una nube de verano. (A D. Amadeo.)
CONC. ¿Con que tan amigos ya? (A D. Gaspar.)
GASP. Si, le ahorro á usté el trabajo
de presentarme.
CONC. Me place.
GASP. Los señores me han honrado
con su amistad. (Habla con Concha en voz baja.)
(Cuando entré
hubo un momento y trágico;
creyeron ver un rival
en mí... mas al poco rato
comprendieron que era moro
de paz, y pasó el enfado.)
CONC. ¿Con que creyeron?...
GASP. Si. (Hablan en voz baja.)
NARC. (Desde la mesa.) ¡Concha!
(No me oye.)
REM. (A D. Amadeo.) (De usté es el campo.)
AMAD. ¿De veras? (Á Doña Remedios.)
REM. (Háblela usted.)
AMAD. Pero...
REM. No sea usté uraño.
(D. Gaspar se acerca á la mesa donde está Narciso.)

GASP. ¿Se trabaja mucho?
NARC. (Con pedanteria.) ¡Pis-chi!
AMAD. Conchita...
(Hablan en voz baja. Doña Remedios se acerca á ellos.)
GASP. (A Narciso.) Tuvo usted tacto
al elegir los objetos.
CONC. ¡Mal genio! (A D. Amadeo.)
AMAD. Fué un trabucazo.
NARC. Siempre en las mesas revueltas
son los mismos.
GASP. Sin embargo.
¡Hola, tambien hay cartita!
NARC. Si, señor.
GASP. (Cogiendo una carta y viéndola.)
El rey de bastos:
justamente en mi petaca
llevo un rey del mismo palo.
CONC. ¿Ha sido usted jugador?
GASP. No, señora, y sin embargo
me ha hecho sufrir esa carta
contratiempos muy amargos.
AMAD. ¿Perdió usté alguna partida
de dinero?
GASP. No.
NARC. ¿Algun barco?
GASP. Tampoco.
REM. ¿Alguna partida
de azúcar?
GASP. ¡Cá!...
NARC. ¿De cacao?
(D. Gaspar hace un movimiento indicando que no.)
CONC. De buena gana oiria
de esa historieta el relato,
si es que no pasa los límites
de la moral.
NARC. Y aun pasando.
GASP. Es muy moral.
REM. Cuente usté.
NARC. Si, que la cuente.
GASP. Me allano.
CONC. No quiero perder ni una
sílaba; aqui, á mi lado.

(D. Gaspar se sienta en el sofá al lado de Concepcion. Doña Remedios y D. Amadeo cogen dos sillas y se sientan junto á estos. Narciso de pié al otro lado apoya los codos sobre el respaldo de una butaca.)

GASP. Empezó á ejercer en mí
su influencia el rey de bastos
hace dos años y medio.
Era entonces mi ángel malo
un íntimo amigo mio
jugador afortunado,
el cual intentó mil veces
introducirme en el fango
del juego, pero yo supe
librarme de su contacto.
Es verdad que muchas veces
por pasatiempo jugábamos,
pero cosas de muy poco
valor, el café, el teatro;
porque era tal su aficion,
que si no hallaba contrario
para jugar, con él mismo
jugaba ó con su criado.
Pues bien; mi querido amigo
un dia compró un caballo
de pura sangre, algo indómito,
pero un animal gallardo.
En fin, tan bello de estampa
como lleno de resabios.
Mi amigo es muy buen ginete;
me propuso que jugásemos
quién seria el domador
de aquel corcel, y jugamos.
Él eligió el tres de oros,
yo elegí el rey de bastos.
Salió el rey.

CONC. ¿Y usted, qué hizo?

GASP. Nada, que monté el caballo;
pero apenas sintió el peso
de mi cuerpo, dando un salto
me estrelló contra una tapia.

CONC. ¡Dios mio!

REM ¡Jesus!

NARC. ¡Canario!
AMAD. ¿Y qué?
GASP. Dos meses despues
me encontraba bueno y sano:
mi nariz es la que nunca
volverá á su antiguo estado.
AMAD. Si que quedó estropeadilla.
NARC. Algo roma.
GASP. Mas que algo.
Pasados algunos dias,
mi amigo y yo nos hallábamos
jugando en mi gabinete
al tresillo unos cigarros,
cuando la infausta noticia
vino á darnos un criado
de que dos amigos nuestros
se hallaban bastante malos;
uno enfermo de viruelas
y el otro herido en un brazo.
El deber y la amistad
aconseja en estos casos
ir á ofrecer al amigo
los consuelos de un hermano;
y entre quién asiste al uno
y quién al otro, jugamos.
Yo, como siempre, elegí
el rey...
NARC. ¿Pero el rey de bastos?
GASP. Si.
REM. ¿Y qué?...
GASP. Que á los tres dias
me hallaba lleno y plagado
de viruelas. De tal modo
en mi cuerpo se cebaron,
que no hay otro ejemplo igual
en el protomedicato.
REM. Le tendrá usted á esa carta
un coraje...
GASP. No, al contrario;
la tengo cariño.
NARC Hombre,
pues yo estaria indignado

cuando me viera al espejo.
GASP. Pues yo por lo mismo la amo,
que el que su valor gradúa
y es al apreciarse exacto,
vé sus defectos y vive
ni envidioso ni envidiado;
y para probar á ustedes
que ningun rencor le guardo
á esa carta, en la petaca
me he hecho poner su traslado
para verle y admirarle
siempre que fumo un cigarro.
(Saca la petaca.)
CONC. Á ver.
NARC. ¡Buena miniatura!
AMAD. Hay un parecido...
NARC. Exacto!
REM. Es usted mismo: no hay duda.
GRAP. Ya lo creo: es mi retrato
con el traje de ese rey.
Caprichos...
CONC. (Preocupada.) (¡Qué hombre mas raro!)
REM. (¿Sabe usted que tiene mucha (A D. Amadeo.)
cabeza el americano?)

ESCENA XIII.

DICHOS, ANASTASIO, por el foro.

ANAST. El almuerzo espera.
NARC. Entonces
yo me ausento. (Levantándose.)
CONC. No, al contrario.
Ustedes se quedan.
NARC. ¡Cómo!...
CONC. Si mi tia se ha empeñado
en convidarles á ustedes
á almorzar. Yo, que acato
lo que ella dispone, creo
que me honrarán aceptando
el convite... Está dispuesto,
no hay que replicar. El brazo,

don Gaspar. (Le dá el brazo.)

GASP. (La cosa marcha.)

AMAD. (¡Y se coge de él! ¡Yo rabio!)

NARC. (¡Yo estoy en babia!)

AMAD. (¡Coqueta!)

REM. Que se enfria... ¡vamos!

TODOS. ¡Vamos!

(Doña Remedios se coge del brazo dè D. Amadeo y del de Narciso. Todos desaparecen por el foro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA REMEDIOS, ANASTASIO, entrando por el foro. El criado trae una bandeja con el servicio del café, que dejará en el velador que se halla junto á la chimenea.

REM. Aqui en este velador
deja el servicio. Despacha,
que ya no pueden tardar.
¿Nada falta?

ANAST. Nada falta.

REM. Ya puedes irte. Yo misma
serviré. (*Váse el criado.*) Ron de Jamáica,
azúcar... Una, dos, tres,
cuatro—¡ajá!—cinco tazas.
Es una obra de romanos
el casar á una muchacha:
vamos, no se encuentra un hombre
por un ojo de la cara.
Pero, en fin, segun parece,
pronto daremos ganancia
á la vicaria... y luego...

ESCENA II.

DOÑA REMEDIOS, D. AMADEO, por el foro izquierda.

AMAD. Doña Remedios, palabra.
REM. ¿Cómo deja usted allá
á sus rivales?
AMAD. No hay trazas
de entenderse. Es la mujer
mas variable y mas...
REM. ¡Caramba!
y usted es lo mas celoso...
AMAD. *Celos tiene quien bien ama,*
nos ha dicho Calderon,
y Calderon no era rana.
Mas yo vengo aqui á que usted
me descifre una charada.
REM. Sepamos.
AMAD. Voy á explicarme.
Yo hice á usted depositaria
de mi amor, para que usted
en mi empresa me ayudara.
REM. Y usted ha visto que...
AMAD. Cierto,
y le doy á usted las gracias.
Usted sabe que la dije
que en caso que me arriesgara
á casarme, yo queria
por espcsa una muchacha
que jamás amor alguno
hubiera abrigado su alma,
pues yo queria á mi mujer
acostumbrarla á mis mañas.
Es decir, inofensiva,
pura, dócil, linda y mansa;
porque la que mucho corre
á lo mejor ¡pist! resbala.
Ví á Concha, y me dije: «esta
tiene lo que tú buscabas;»
pero al saber que era viuda
en verdad me puse en guardia.

Luego, cuando usted me dijo
que, aunque viuda, la muchacha
no...

REM. Cierto.

AMAD. Pues la casaron
por poderes, y en la Habana
murió su esposo sin verla
ni... ¿estamos?... la confianza
renació en mí, y el acero
tornó otra vez á la vaina.
Porque al fin, su casamiento
era... no hallo la palabra...
en fin, como si dijeramos
esta taza... pues no es taza.
(Señalando una de las de la mesa.)

REM. ¿Y adónde vá usté á parar?...

AMAD. Á decir que se me engaña,
porque yo sé que los dos
se han hablado en esta casa.

REM. Es verdad.

AMAD. ¡Truenos y rayos!
¿Con que se han hablado?

REM. ¡Vaya!
pero no tenga usted miedo.
¡Pobres angelitos!

AMAD. ¡Cáspita!
Señora, yo soy muy duro,
y un veterano que calza
mis puntos...

REM. No haga usted caso
de aquel tiempo.

AMAD. ¡Pues me agrada!

REM. En fin, viva usted tranquilo,
que yo le doy mi palabra,
que despues que se casaron,
como el mar les separaba,
ni en casa de ella entró el novio
ni ella del novio en la casa;
y muy bien llamarse puede,
sin que peque de inexacta,
casada vírgen...

AMAD. Y mártir.

REM. Mártir no.
AMAD. ¿Pues qué?...
REM. ¡Caramba!
(Aparecen en la puerta del foro Doña Concepcion, D. Gaspár y D. Narciso. Doña Remedios corre hácia ellos.)
¡Señores!...
AMAD. (Quedo enterado,
es decir, sin saber nada.)

ESCENA III.

DICHOS, CONCEPCION, D. GASPAR, NARCISO.

CONC. ¡Oh, señor don Amadeo! (Le saluda.)
REM. Vamos, que el café se enfria.
(Narciso coloca las tazas, coge las teteras y se dispone á servir, demostrando mucha oficiosidad.)
NARC. Permítame usted. . ¿Mas?
(A Concha, sirviéndole)
CONC. Gracias.
NARC. ¿Lleno? (A D. Amadeo.)
AMAD. Hasta el borde, hasta arriba,
ya que es usted tan amable...
NARC. Yo abuso de esta bebida.
AMAD. Yo la tomo hasta en puchero.
NARC. ¡Oh! Bendita la semilla
que nos importó Colon.
¿Fué Colon? (A D. Amadeo.)
AMAD. Colon seria.
Digo... (A D. Gaspar.)
GASP. Yo ignoro quién trajo
el café á nuestra península:
siempre he sido poco fuerte
en botánica. En mi vida
he conocido la historia
de las especies fructíferas.
Ignoro dónde primero
se cultivó, si en la China
ó en Tetuan. Solo sé
que es una cosa exquisita.
NARC. Sin café, ron y tabaco

no tiene encantos la vida
para mí.

CONC. Con pocos hombres
como usted, que nos supriman.

NARC. ¡Ay, Concha, que las mujeres
tienen muy malas partidas.

GASP. Pues yo, señores, no dudo
que sin la mujer seria
el hombre un animal fiero,
á pesar de lo que digan
todos los grandes filósofos
con su sabia hipocresia.
La mujer, madre del hombre,
por el hombre se esclaviza.
Ella, dulce, afectuosa,
nuestros dolores mitiga:
es el ángel del consuelo,
la paloma de la dicha,
la que al nacer nos recibe
en sus brazos. Es la amiga,
que sin otra recompensa
que el amor, siempre solícita
y esclava de sus deberes,
en nuestra infancia nos cuida,
en la juventud nos ama,
en la vejez nos alivia,
en nuestra muerte nos llora,
y sobre la tumba fria
que encierra nuestro cadáver,
por ofrenda deposita
una corona de flores,
que es la aroma de su vida.
En fin, ¿cómo no adorarlas
si son nuestra carne misma?
El hombre que las afrenta,
ni es honrado ni se estima.

CONC. ¡Gracias, don Gaspar! (Dándole la mano.)

GASP. ¡Señora!

AMAD. Permita usted que le diga
que existió una madre Eva
y que ha dejado semilla.

GASP. Es verdad: pero tambien

hubo una Vírgen Maria.

AMAD. Vamos, usted es de América.

GASP. Si, señor; yo soy indígena
del pais de los bananos
y los monos.

NARC. ¡Oh! Magnífica
tierra debe ser aquellla.
Habrá una seccion de niñas...

AMAD. Sobre todo de morenas.

GASP. Morenas... como la tinta.

NARC. ¿Y habrá allí animales raros?

GASP. Hay variedad infinita...
casi tantos como aqui.

CONC. ¿Y las mujeres?

GASP. Lindísimas.
¿Y cómo dejar de serlo
donde prodigiosa y rica
su ostentoso sello imprime
naturaleza atrevida,
á cuanto nace en su suelo
privilegiado?

CONC. (Exquisita
y amena es su produccion.)
¿Por volver á las Antillas
tendrá usted muchos deseos?

GASP. Aunque tengo allí familia,
en el pais que los mios
para residencia elijan,
si ellos son felices, yo
con la suya hago mi dicha.

CONC. Eso es muy noble.

GASP. Yo pienso
de ese modo.
(D. Amadeo habrá estado hablando con Doña Reme dios durante los últimos versos.)
Mas me admira
que ustedes no digan nada,
señores.

AMAD. Si usted nos quita
la vez.

NARC. Justo.

GASP. Pues la cedo.

REM. (A D. Amadeo.)
El señor nos referia...

AMAD. ¡Ah! sí, el lance del teniente.
Como digo, fué en Sevilla.
Él erre que erre á toda hora
era Argos de mi vecina:
la iba á hablar, y al momento
allí. Me daba una cita,
y él á la hora prefijada,
¡zás! en la calle. Ya un dia
mé cargó, le llamo, dígole
que sus paseos suprima.
—¿Con qué derecho?—me dice,—
porque quiero, voto á cribas.
(Dá un puñetazo en la mesa, y deja caer algunas tazas al suelo. Todos se rien.)

CONC. ¡Já, já, já!

GASP. ¡Pobre teniente!

REM. ¡Pobre servicio de china!

AMAD. Señora, yo haré traer
del mejor que se fabrica
allá en el celeste imperio.

NARC. Señores, el otro dia
hice un estropicio igual
en el Cisne... no, en...

AMAD. ¡Mentira!

NARC. ¡Eh!

REM. Lo mismo dá.

CONC. Señores,
veo que ustedes se privan
de fumar. (Usted oirá (A D. Gaspar.)
todo el lance.) Vamos, tia.

GASP. ¿Nos deja usted?

CONC. Un momento.

GASP. Como usted quiera.

NARC. (¡Es divina!)

CONC. Fumen ustedes en tanto.
Hasta luego.

NARC. Adios, Conchita. (Vánse.)

AMAD. Hoy el cubano ha llevado
lo mejor de la partida,
y eso que no es un Adonis.

ESCENA IV.

GASPAR, D. AMADEO, NARCISO.

GASP. Pues nos dejan expedita
libertad para fumar,
fumemos.
(Saca la petaca y dá un cigarro á D. Amadeo.)
De regalia.
Escoja usted, don Narciso.
(Dándole la petaca.)
NARC. ¡Buen género! (Con la petaca en la mano.)
AMAD. (Encendiendo.) ¡Cosa rica!
NARC. Pues, señor, bien el almuerzo
ha sazonado Conchita
con su buen humor y su
galante coqueteria.
GASP. Y usted no ha hecho, que digamos,
el papel de cenobita.
NARC. Confieso que me he excedido
algo, mas no hay quien resista
lo que yo sin marearse:
no tema usted... que en mi vida...
AMAD. Vamos, que no está muy lejos
quien le apueste si se ostina...
GASP. Usted tal vez?...
AMAD. Yo jamás
tiemblo ante una bateria
ni de esa ni de otra clase.
GASP. Yo he traido una escogida
coleccion de allá. (¿Usted piensa
(A D. Narciso.)
decir su amor á Conchita?)
NARC. (Si, señor.)
GASP. (Quédese usted.)
Coronel, en esta misma
calle vivo. Vamos pues
á probar mi ron.
AMAD. Magnífica
idea.
GASP. Y si ustedes quieren

yo les mandaré...
NARC. Se estima,
mi amigo don Gaspar.
AMAD. Vaya,
¿viene usted?
NARC. Yo bien iria;
mas he de acabar aquello
del album.
AMAD. No corre prisa.
GASP. (Es moro de paz. Dejémosle.) (A D. Amadeo.)
AMAD. (Cierto.) A las señoras diga
que pronto volvemos.
NARC. Bueno.
GASP. Adios. (Vánse por el fondo.)
NARC. Ya estamos en liza.

ESCENA V.

NARCISO, solo.

Con audacia lograré
su amor; la mujer es flaca.
Se ha dejado la petaca
(Reparando en la petaca que ha quedado en la mesa.)
don Gaspar... la guardaré.
(Saca otro cigarro, tira el que está fumando y se guarda la petaca en el bolsillo del pecho.)
No hay obstáculo que alcance
á detener mi altanero
empuje... Vamos, guerrero
de nuevo cuño, al avance.
Lo que mejor se medita
es lo que sale peor.
Esto se hace asi. ¡Valor!
(Tira del cordon de la campanilla y sale el criado.)
ANAST. Manda usté.
NARC. Á tu señorita
que haga el favor de venir,
que la espero.—¡Voto al draque!...
Ve pronto. (Váse el criado.) Ya estoy en jaque:
ahora vencer ó morir.

Cuál bufará el coronel
cuando sepa... ¿Y qué me importa?...
si á la larga ó á la corta
yo debo tronar con él...

ESCENA VI.

NARCISO, CONCEPCION, por la puerta de la izquierda.

NARC. Señora... tanta merced...
CONC. ¿Es usted quien me llamaba?
NARC. Si señora; deseaba
hablarla...
CONC. Pues hable usted.
NARC. Aceptando tal bondad
reasumiré...
CONC. ¿Por qué asi?
Hable usted sin miedo, aqui
tiene entera libertad.
NARC. (Me anima... ¡Brava conquista!)
(Narciso se bebe una copa de ron.)
CONC. (¡Qué hace!... ¡se vá á marear!)
(Narciso enciende el cigarro y fuma.)
NARC. Señora, voy á empezar.
CONC. (¡Y fuma!... ¡Dios nos asista!)
NARC. Yo soy pintor... es decir,
aunque como tal no ostente
un nombre, dice la gente
que tengo buen porvenir.
CONC. Ya lo creo.
NARC. (¡Ay! me estimula.)
Soy un jóven...
CONC. Está claro;
y yo no pongo reparo
en creer que usted...
NARC. (¡Me adula!...)
Yo soy un hombre ademas
á quien nunca arredró nada,
ni me quedo en la estacada
ni retrocedo jamás.
CONC. Muy bien hecho: yo lo alabo.
NARC. Que aunque parezco pacífico...

CONC. Es buen proceder.
NARC. (¡Magnífico!...)
CONC. Mas ¿no prosigue usted?
NARC. (¡Bravo!)
No sabe nada papá;
pero una vez convenidos,
papá no quiere ruidos
conmigo, y papá vendrá. (Fuma.)
CONC. ¡Qué!...
NARC. (Chupando el cigarro.)
(Maldito coracero...
Me vá á dar algun catarro...
Y á esto le llama cigarro
de regalia... ¡Embustero!)
Como digo... há muchos dias
que el disimulo es en vano.
(Narciso chupa el cigarro y enciende un fósforo. Concepcion le mira asombroda.)
CONC. (Este chico no está sano.
¡Jesus, qué galimatias!)
NARC. Si al principio visité
indiferente esta casa,
hoy ya no, y de aqui no pasa:
quiero que lo sepa usté.
CONC. ¡Qué dice! ..
NARC. Al mirarme tétrico
inquirí la causa... y... ¡Oh!...
(Como si se atragantara y sintiendo las ánsias del mareo.)
conocí que entre usté y yo
habia un fluido eléctrico!
CONC. ¡Si!...
NARC. Telégrafos del alma
los ojos... (Este veguero
no dá bastante bien...) Quiero
decir... que... la...
(Casi sin poder articular las palabras.)
CONC. (Riendo.) Calma, calma.
En el almuerzo quizás
se excedió...
NARC. Me precipito...
si... y... ademas... el maldito

puro... (Lo arroja.) No sé qué me dá...
parece el pecho una fragua...
y me dá un sudor...
(Se balancea y apoya en la mesa.)
Quisiera,
Conchita, que usted pidiera
un poco... de... no, aqui hay agua.
(Coge un vaso de la mesa, bebe y moja el pañuelo y luego se lo aplica á las sienes.)

CONC. Usted debe descansar...

NARC. Antes quiero que... el amor...
que... la... me hace usté el favor...

CONC. Se cae usted.

NARC. De llamar
á un criado que me lleve
á casa, porque...

CONC. Ya veo
que le ha dado á usté un mareo.

NARC. Si... un... ¡ay!... mareo leve.

CONC. (Tirando del cordon de la campanilla.)
Qué cara pone tan mustia...
¿no saldrán?... yo misma voy.
(Váse por el foro.)

ESCENA VII.

NARCISO, solo.

Vírgen de Atocha... yo estoy
malo... muy malo... Esta angustia...
¡Ay!... ¡que se me vá la vista!...
Madre mia de mi alma...
Yo voy... ¡Dónde está mi talma?
(Le busca y coge el de Concepcion, que estará sobre una silla.)
¡Ay! ¡que me... el Señor me asista!
(Narciso, demostrando las ansias del mareo, y despues de ponerse el talma de Concepcion, aturdido se entra balanceándose por la puerta que figura la alcoba y gabinete de Concepcion, á cuyo tiempo aparece esta por el foro con Anastasio.)

ESCENA VIII.

CONCEPCION, ANASTASIO.

CONC. Acompañe usté al señor...
¿Dónde está?... se ha evaporado...
Já, já... ¡Pobre don Narciso!..
en el momento mas trágico...
—Búsquele usté, y si le encuentra,
tome un coche, y con cuidado
le acompaña usté á su casa.
—¡Já, já, já! ¡Pobre muchacho! (Váse.)

ESCENA IX.

ANASTASIO, solo, buscando por todas partes.

Por mas que miro, no encuentro
á mi hombre... ¿Dónde diablos
estará?... Nada, es inútil,
no le encuentro.

ESCENA X.

DICHO, D. GASPAR, por el foro.

GASP (Sin ver al criado.) Es muy extraño...
Pero le han visto mis ojos
salir... pero... yo rechazo
el pensamiento de que ella
sea capaz... (Viendo al criado.) ¡Ah! ¡el criado!
tal vez mi sospecha aclare.
Comprémosle.—Oye, muchacho.
ANAST. Perdone usté, estoy de prisa.
La señora me ha mandado
que busque inmediatamente
á don Narciso.
GASP. ¡Eh!
ANAST. ¿Acaso
le ha visto usted?
GASP. No...

ANAST. (Asomándose al balcon.) ¡Eh!... cochero, para en el número cuatro.
GASP. ¡Un coche!... ¿Para quién es?...
ANAST. Para don Narciso.
GASP. (¡Malo!)
ANAST. La señorita me dijo...
GASP. Toma. (Le dá una moneda de oro.)
ANAST. (Dando un grito.) Cinco duros.
GASP. (Tapándole la boca con la mano.) (¡Bárbaro!)
ANAST. ¡Para mí!...
GASP. Si.
ANAST. ¿De verdad?
GASP. Si, hombre.
ANAST. (Los americanos
son lo mismo que la pringue:
donde tocan, dejan algo.)
GASP. (Bueno es que este no sospeche...
Probemos.) Hombre, apurado
me hallé en esos corredores:
creí no encontrar el paso
que aqui conduce, metíme
por una puerta ofuscado...
ANAST. ¿Una puerta?
GASP. Si, pequeña,
al fin del pasillo.
ANAST. Vamos.
Esa es la que dá á la alcoba
de la señorita.
GASP. (¡Diablo!)
(¿No es aquel el gabinete?)
(Señalando á la derecha.)
ANAST. No, señor: está á este lado.
Aquel. (Señalando á la izquierda.)
GASP. (No nos ofusquemos...)
ANAST. ¿Tiene usted que mandar algo?
GASP. No. (Distraido.)
ANAST. Si usted me necesita,
ya sabe usted... Anastasio...
servidor de usted y muy
agradecido al regalo...
GASP. Gracias.
ANAST. Que eso y mucho mas

merece un señor tan guapo.
GASP. ¡Cómo!...
ANAST. (Con malicia) ¿Llamo á la señora?...
GASP. No, vete, que aqui la aguardo.
ANAST. ¡Cinco duros!... debe ser
de esos que son millonarios!
(Saluda y desaparece por el foro.)

ESCENA XI.

D. GASPAR, solo.

Solo estoy. Esta es la alcoba.
Valor, y tomemos datos.
(Entra en la alcoba de Concepcion, y aparece en el foro Doña Remedios y Anastasio.)

ESCENA XII.

DOÑA REMEDIOS y ANASTASIO, hablan desde el forillo.

REM. ¿Le hallaste?
ANAST. ¡Cá! no, señora.
Sin duda se habrá marchado.
REM. Está bien: retírate.
(El criado desaparece por el foro. Doña Remedios baja á la escena y se dirige hácia la puerta de la izquierda. D. Gaspar, que vá á salir por la derecha, al verla se vuelve á ocultar.)
Pues señor, ¿dónde diablos
se habrá metido?
GASP. (Asomándose.) (¡La vieja!) (Se esconde.)
REM. No hay duda, aqui pasa algo.
(Váse por la izquierda.)

ESCENA XIII.

D. GASPAR, sale con una petaca en la mano.

Pues señor, la cosa es grave...
Esta petaca hace un rato
se la entregué á don Narciso,

y precisamente la hallo
en mitad del gabinete
de la... ¡Malo, malo, malo!
Pues no me ha hecho mucha gracia
el encuentro.—El rey de bastos.
(Mirando la petaca y dándose una palmada en la frente.)
Pues siendo el rey, de seguro
aqui hay algo... mas que algo.

ESCENA XIV.

D. GASPAR, D. AMADEO, por el foro. Viste un uniforme de época atrasada, con sombrero de tres picos: lleva varias condecoraciones en el pecho, entre ellas una cruz de S. Fernando. Bajo del brazo lleva el talma que se llevó D. Narciso.

AMAD. (Entrando.)
Me alegro de hallar á usté.
GASP. ¡Oh, valiente veterano!
¿Cómo hoy de gala?
AMAD. Es que vengo
á dar un golpe de estado,
ó lo que es lo mismo, hacer
una de pópulo bárbaro.
GASP. No entiendo...
AMAD. Cuestion de faldas.
GASP ¡Hola!...
AMAD. Pero estoy que estallo.
Pero, en fin, estos galones
significan que aqui hay algo, (Señala al pecho)
y cuando en cólera monto
soy un huracan, un rayo...
GASP. No comprendo...
AMAD. ¿Usté es mi amigo?
GASP. Si, señor.
AMAD. Venga esa mano.
Voy á contarle una historia
sin desenlace.
(Mirando alrededor y bajando la voz.)
Aqui hay
amores de contrabando.

Concepcion ama á Narciso.

GASP. No lo creo

AMAD. Tengo datos.

GASP. Vamos, explíquese usted.

AMAD. Yo tengo muy buen olfato...

GASP. Lo creo... Pero la historia...

AMAD. Vamos al hecho.—Es el caso
que al abandonar la fonda,
por el coñac inspirado,
me dije: Amadeo, debes
herrar ó quitar el banco.
Tú amas á Concha, declárate,
y si te acepta, casaos.
Dicho y hecho. Voy á casa,
el uniforme me planto,
porque en materia de damas
nunca fué moco de pavo
un uniforme bien puesto,
un bigotazo de á palmo,
una espada á la cintura
y una cruz de san Fernando.
Vestido ya, tras de un coche
ligero á la calle salgo,
cuando al volver una esquina—
¡Pam!—en la calle del Barco,
veo venir hácia mí
un *simon*, y aprieto el paso.
Se para, y veo bajar
á Narciso y no le hablo;
y apenas miré el «*se alquila*»
en su lugar, por asalto
tomo el vehículo, temiendo
que me ganasen la mano.
Doy las señas, y al dejarme
caer—¡pif!—siento un pinchazo...
Mi diestra llevo á la parte
en busca del cuerpo extraño,
y ¿qué dirá usted que encuentro?
Un alfiler inhumano
y un talma, pero ese talma
es de una mujer que entrambos
conocemos.

GASP. (Con gozo.) ¡Es posible!
AMAD. Pero usted se pone malo...
GASP. ¡Qué disparate! esa historia
es divertida.
AMAD. ¡Canario!
GASP. Yo gozo oyendo aventuras
amorosas.
AMAD. Pues yo rabio.
GASP. (Ella no salió de casa...
Bien; el tiempo no perdamos.
Busquemos á don Narciso
y él me dirá...)
AMAD. Y yo, ¿qué hago?
GASP. Usted debe declararse
á Conchita sin preámbulos.
AMAD. Jóven, usted me ilumina.
¿Y el pollo?
GASP. Si temerario
insiste en ser su rival,
¿para qué tiene usté al lado
esa espada?
AMAD. Es usté un Séneca.
Si insiste, le corto un brazo.
GASP. Con que ¡valor!
AMAD. Le prometo
no ha de faltarme.
GASP. Esa mano.
Adios.
AMAD. ¿Se marcha usted?
GASP. Si,
y le dejo libre el campo.
AMAD. Como usted quiera.
GASP. Hasta luego.
AMAD. Corriente.—Este hombre es un sabio.
(Váse D. Gaspar.)

ESCENA XV.

D. AMADEO, solo, sentándose en una butaca.

Pues señor, aqui me aplomo:
tarde ó pronto ha de salir,

y en cuanto salga, á decir
verdades de tomo y lomo.
Bueno es que sepa ella misma,
ya que se precia de franca,
que á mí nadie me desbanca
sin que le rompa la crisma.
Y que tolerar no puedo
que otro alce aqui sus reales,
que yo no admito rivales,
que yo no me mamo el dedo.

ESCENA XVI.

D. AMADEO, DOÑA REMEDIOS, CONCEPCION.

REM. ¿Ha visto usté á Narcisito
por casualidad?
(D. Amadeo se levanta de un salto de la butaca.)
AMAD. ¿Quién?... ¿Yo?...
CONC. ¿Por qué se asombra usted?
AMAD. (Conteniéndose) ¡Oh!
Señora, yo ya estoy frito.
CONC. ¡Caballero!...
AMAD. (Con misterio.) Sé la historia.
REM. ¡Qué dice!...
AMAD. No soy tan ganso
CONC. Pero...
AMAD. Y en fin, ya me canso
de dar vueltas á la noria.
CONC. Explíquese usted... ¿Qué pasa?
AMAD. Si lo haré, que soy muy franco,
y á herrar ó quitar el banco
hoy he venido á esta casa.
CONC. Pero...
AMAD. Aunque usted me reproche
esta rudeza del alma,
yo tengo en mi abono el talma...
CONC. ¿Pero qué talma?
AMAD. Y el coche.
CONC. ¿Pero qué coche?
AMAD. (Dando un grito.) El simon!...
que aunque usted el hecho tapa,

sepa usted que no se escapa
nada á mi penetracion.

CONC. Que está usted se me figura
muy malo.

AMAD. Motivo habia;
pero yo, señora mia,
tengo buena encarnadura.

CONC. ¡Cómo!...

AMAD. El golpe fué cruel,
no lo olvidaré jamás;
pero lo que importa mas
en esta cuestion, es *él*.

REM. ¿Quién es él?

AMAD. Pues no me agrada
el continuar de este modo,
porque... y en fin, lo sé todo.

CONC. Me alegro... yo no sé nada.

AMAD. ¡Cómo esquiva usted el bulto
para que me desconcierte!

CONC. Vamos, usté almorzó fuerte;
no extraño...

AMAD. Eso es un insulto.

REM. Pero, hombre de Satanás,
hable usted, ya que es preciso.

AMAD. ¿Que hable? Usted ama á Narciso.

CONC. Bien, adelante: ¿y qué mas?

AMAD. ¿Y qué mas?... ¡Uf! el despecho
me ciega... Jamás creí...

CONC. Para reprenderme asi,
¿quién le ha dado á usted derecho?

AMAD. Usted entrever me dejó
una esperanza, y ahora...

CONC. Ni á usted ni á nadie.

AMAD. (Alzando la voz y acercándose hácia Concha con ademan descompuesto.)
Señora...

CONC. Basta ya: se concluyó.
(Agita la campanilla y aparece Anastasio en la puerta del foro.)
Acompañe usté al señor.

AMAD. (¡Me despide!)

REM. (A Concha.) Ese atropello...

AMAD. Vendré aqui con él del cuello
(Poniéndose el sombrero.)
por última vez.
(Se vá precipitadamente por el foro. Doña Remedios se deja caer en una silla, Concha en otra.)

REM. ¡Qué horror!

ESCENA XVII.

DOÑA REMEDIOS, CONCEPCION.

REM. ¡Pero ese hombre estará loco!
Vá á matar al pobre chico.

CONC. ¡Qué hombre, Jesus! No me explico
lo que pasa.

REM. Y yo tampoco.

CONC. ¡Cuánta frase de cuartel,
cuánta coz ha proferido!
¡Dios nos libre de un marido
como el señor coronel!
Si ahora que aspira á mi amor
se porta asi, ¿qué seria
despues? ¡Ay! me trataria
como si fuera un tambor.
La ordenanza militar
tendria siempre á su lado,
y al mas pequeño altercado
me mandaba fusilar.
Ya ves, sorprenderme quiso
de un modo á que no me avengo,
porque si tengo ó no tengo
amores con don Narciso.
Y este momentos atrás,
si no le coge el agobio,
su declaracion de novio
me espeta sin mas ni mas.
Vamos, no hay comparacion
entre ellos y el habanero.
¡Qué fino! ¡qué caballero!
¡qué amena conversacion!

REM. Concha, no hay hombre perfecto.
Ese que es bien educado

y complaciente, es casado.
CONC. Es verdad, es un defecto.
REM. ¿Mas qué hacemos?
CONC. Evitar
que vuelvan aqui es preciso.
REM. Mas...

ESCENA XVIII.

DICHAS, D. GASPAR aparece en el foro.

GASP. ¿Dan ustedes permiso?
CONC. Adelante, don Gaspar.
Llega usted tarde, yo creo
que se hubiera divertido.
GASP. Sepamos qué ha sucedido.
REM. Cosas de don Amadeo.
GASP. ¿Le ha faltado á usted? (Por Concha.)
CONC. Un poco:
lleva el castigo condigno.
GASP. Hasta cierto punto es digno
de tolerancia. Está loco.
CONC. Pero es un loco de atar.
REM. Hecho una fiera ha salido
de aqui.
GASP. Si, si, he comprendido
algo. Le he visto bajar.
Iba en busca de Narciso
para venirse con él.
REM. Si le encuentra el coronel...
CONC. Esa es su mania... Quiso
decir que yo amaba á otro
frustrando asi una esperanza
que no le he dado ni en chanza.
REM. ¡Si nos ha puesto en un potro!
GASP. ¿Y usted no sabe por qué?
CONC. ¡Á qué santo, hijo del alma!
GASP. Porque se ha encontrado un talma
en un coche, y es de usté.
Y como del coche aquel
se apeaba don Narciso,
pensó mal, muy mal, preciso:

ya sabe usted quién es él.
CONC. Pero aunque mujer liviana
sin miramiento y sin norte
escándalo de la córte
fuera yo tarde ó mañana,
¿qué le importa al coronel
que yo me pierda ó me gane?
¿no habrá quien á ese hombre sane?
¿no habrá quien me libre de él?...
¿qué le ha inducido á ese error?
¡Si no pienso ni en su nombre!
GASP. Hay hombre que nace hombre
por la bondad del Señor.
Que es semejante decimos
á nosotros, y juzgamos
que piensa como pensamos,
que siente como sentimos.
Pero causa indignacion
que se cubra con el nombre
de hombre, quien no tiene de hombre
la mente ni el corazon.
REM. ¿Y qué hacemos?...
CONC. Yo no sé,
porque es terrible ese viejo.
REM. Dénos usted un consejo.
GASP. Señora...
REM. Dénoslo usté.
CONC. Y él ya no puede tardar,
y si en su rabia, indiscreto
llega á faltarme al respeto...
GASP. Yo le sabré castigar.
Pero tenga usté entendido
que estas escenas, Conchita,
la presencia las evita
de un hermano ó de un marido.
CONC. ¿Qué hace la que cual yo, vive
sin hombre que la defienda?
GASP. Para que nadie la ofenda,
vive sola y no recibe.
CONC. Entonces, ¡pobre de mí!
¡me consumiria el tédio!
GASP. Pues, señora, ese es el medio:

los hombres somos asi.—
Vemos una mujer bella,
nos gusta y la pretendemos;
se sonrie, ya creemos
tener derecho sobre ella.
La pasion que nos agita
jamás la hemos declarado,
mas nos dice: «¿irá usté al Prado?»
y decimos:—«ya me cita.»—
Si bondadosa y risueña
al hallarnos nos saluda,
entonces, no cabe duda,
el saludo es una seña.
Si por pura cortesia
un dia nos dá una flor,
entre sus hojas su amor
creemos que nos envia;
y ya imagina el galan,
aunque nada en su pró arguya,
que aquella mujer es suya
como el reloj ó el gaban.
Y entonces, ¡ay si indiscreta
saluda á algun conocido!
que al instante, ya es sabido,
se la apellida coqueta.
Mas si llega á consentir
que un hombre la dé la mano,
¡oh! ¡corazon inhumano!
¡tú matas mi porvenir!
Y ya sus miradas foscas
lanza á todo el que la mira,
y bufa, y rabia y suspira,
y trata á todos de moscas;
y furibundo y celoso
por todas partes le ataja,
y vá y viene, y sube y baja,
y en torno de ella hace el oso.
No la deja respirar,
y al fin la mujer comprende,
que aquel hombre la pretende...
y él se llega á declarar.
Le dá un *no*, que es natural,

y el hombre desesperado
ó comete un atentado
ó se zampa en el canal.
Y la sociedad un grito
lanza al mirar á la bella,
y dice muy bajo: «aquella
le ha matado, ¡pobrecito!»
Borron que nunca se lava,
sin pensar que la mujer
nace para padecer,
vive para ser esclava.
Y allá en el rico verjel
de su aurora, cual la flor
reina un dia por amor
y sufre un siglo por él.

CONC. (¡Qué carácter! ¡qué nobleza!...
¡Me hizo bien su descripcion!...
¡Que tan noble corazon
cubra tan ruda corteza!)
(Se oyen voces en la escalera. Concha y Doña Remedios se dirigen hácia la puerta del foro.)

REM. Ya estan ahí.

ESCENA XIX.

DICHOS, D. AMADEO y NARCISO, por el foro. D. Amadeo trae á Narciso cogido de un brazo y casi arrastrando.

AMAD. Pondré en claro
esta cuestion... ¡Entre usté!...

NARC. Pero hombre...

AMAD. ¡Ó le arrancaré
una oreja!
(D. Gaspar se coloca delante de D. Amadeo y dice con dignidad los versos que siguen.)

GASP. Caballero,
advierta usted que no es justo
que asi esta casa alborote.

CONC. (¡Ah! prudencia.) (A D. Gaspar.)

NARC. (Este hotentote
me sacrifica á su gusto.)

AMAD. Pero este pollito ..

NARC. ¡Qué!...
(No, pues como él se deslice...)
GASP. Esa conducta desdice,
don Amadeo, de usté.
No es cuerdo ni tolerante
hacer...
NARC. (¡La pulla es magnífica!) (Con rapidez.)
GASP. De una casa tan pacífica
otro campo de Agramante.
REM. Muy bien dicho.
NARC. (Alma de estuco.)
GASP. (¡Valor! cuente usted conmigo.) (A Narciso.)
NARC. Digo...
AMAD. ¿Qué dice usted?
NARC. Digo...
que usted es un mameluco.
AMAD. ¡Insolente!
(Amenazándole. Doña Remedios le detiene.)
NARC. ¡Á mí insolente!
CONC. (¡Qué vergüenza!)
REM. Esto me inquieta.
GASP. (Déle usted una tarjeta.) (A Narciso.)
NARC. (Saca una tarjera y se la dá á D. Amadeo con afectacion.)
Ya me entiende usted.
AMAD. (Cogiéndola.) Corriente.
¡Estoy dado á Barrabás!...
NARC. Y yo...
REM. (Siento unos sudores...)
NARC. ¡Viejo!
AMAD. ¡Mocoso!
CONC. (Con dignidad.) Señores,
veo que aqui estoy de mas.
(Váse por el foro izquierda.)

ESCENA XX.

DICHOS, menos CONCEPCION.

GASP. El que falta á una mujer
porque la mira indefensa,
se hace á sí mismo una ofensa

AMAD. ¿Y usted, qué tiene que ver?...
(Levantando la voz.)

GASP. Todo hombre que nace honrado
debe en el caso presente
castigar al insolente
que á una señora ha faltado.

AMAD. ¡Don Gaspar!

REM. Ahora con él.

GASP. Cuando á usted le dé la gana;
en la fonda de la Habana
me hallará usted, coronel;
y usted tambien... si es preciso. (A Narciso.)

NARC. Yo... (Pues este hombre es capaz...)
(Se dirige al foro.)

AMAD. ¡Oh rabia!

REM. ¡Adios matrimonio!
Don Narciso...
(Viendo que se vá D. Narciso y acercándose á él.)

NARC. (A Doña Remedios.)
¡Don demonio! (Váse por el foro.)

REM. Don... (A D. Amadeo.)

AMAD. Déjeme usted en paz. (Váse por el foro.)

GASP. (Ahora al que faltó á esta casa
yo castigarle sabré.)
Señora, á los pies de usté. (Váse.)

REM. Pues, señor, ya no se casa.
(Cae sobre una silla.)

ESCENA XXI.

DOÑA REMEDIOS, sola.

¡Concha!... Se han desafiado...
¡Qué dirá la vecindad!
¡Concha! (Llamando.)

ESCENA XXII.

DOÑA REMEDIOS, CONCHA, por el foro izquierda. Trae en l
mano una capota y una mantilla.

REM. ¡Qué calamidad!

¡los tres!...

CONC. Todo lo he escuchado
y es necesario evitar
una desgracia... Corramos.

(Poniéndose la capota. Doña Remedios se pone la mantilla mirando á Concepcion, pero asombrada y como ignorando lo que pretende.)

REM. Corramos... ¿Y adónde vamos?

CONC. A casa de don Gaspar.

REM. Pero...

CONC. No hay remedio, tia.

REM. ¡San Antonio nos socorra!

CONC. ¿He de dejar yo que corra
la sangre por culpa mia?

REM. ¡Piensa lo que vas á hacer!...

CONC. Firme es mi resolucion.

REM. Piensa en tu reputacion.

CONC. Solo pienso en mi deber.
Por mí un duelo se provoca,
y ahora evitarlo reclama
mi honor.

REM. ¿Pero y si la fama
nos lleva de boca en boca?

CONC. No importa, estoy decidida.

REM. Pero...

CONC. Despacha... ¡qué afan!

REM. Sobrina, ¿y el qué dirán?

CONC. Yo solo pienso en su vida.

REM. Vamos, ha perdido el juicio...

CONC. ¡Ponte la mantilla, acaba!

AMAD. Señoras...

(Apareciendo en la puerta del foro seguido de un asistente, el cual lleva una bandeja con un juego de café.)

REM. ¡Este faltaba!

(Doña Remedios y Doña Concepcion se quedan asombradas, sin atreverse á mover de la posicion en que las sorprende D. Amadeo.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHAS, D. AMADEO y un ASISTENTE con el servicio de china en una bandeja.

AMAD. Deja en la mesa el servicio,
y largo. (Váse el asistente.)

REM. (Este hombre es capaz...)

(D. Amadeo baja hasta el proscenio y dice con marcado mal humor.)

AMAD. Antes causé aqui un estrago:
yo lo rompí, yo lo pago,
y abur.—Estamos en paz.

(D. Amadeo saluda y desaparece por el foro. Doña Remedios y Concepcion le miran sin atreverse á menearse del sitio. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala lujosamente amueblada en una fonda. Puerta al foro y otra lateral á la izquierda, que figura el gabinete y alcoba de D. Gaspar. En primer término, á la derecha, un balcon

ESCENA PRIMERA.

DOÑA REMEDIOS, CONCEPCION y un CRIADO entran por el foro; el Criado lleva en la mano un candelabro con cuatro bujias encendidas, que dejará sobre la mesa consola.

CRIADO. Este es su cuarto. El señor
don Gaspar está comiendo,
pero pronto acabará.
REM. Está bien; esperaremos.
CRIADO. ¿Quieren ustedes decirme
su nombre?
CONC. ¿Para qué?
CRIADO. Bueno.
REM. Dígale usted que le esperan
dos señoras.
CRIADO. (Este es género
de contrabando.) ¿Se ofrece
algo mas?
CONC. (Dándole dos duros.) Nada.
CRIADO. Agradezco.
(¡Dos duros! vamos, es gente
de rumbo.) (Suena una campanilla.)

Allá van. Vuelvo.
(Á las señoras, y váse.)

ESCENA II.

DOÑA REMEDIOS, CONCEPCION.

REM. Y bien, sobrina, ya estamos
aqui.
CONC. Tia, ya lo veo.
Ahora es preciso evitar
á todo trance ese duelo.
REM. ¿Pero cómo?...
CONC. Ese es el caso:
pensemos, tia, pensemos.
REM. ¡Ay! si yo lo he de pensar,
sobrina, dále por muerto.
CONC. Francamente, no me asiste,
por mi desgracia, derecho
para obligarle á que falte
al deber de caballero.
Él es casado.
REM. Y tú viuda.
CONC. Si él fuera viudo...
REM. Comprendo.
CONC. Tiene un fondo, una nobleza
de carácter, un talento
tan poco comun, y sabe
defender con tal ingenio
á las mujeres... que... vamos...
REM. Si, si; comprendo, comprendo;
pero tú lo has dicho: es
casado... y ya ves...
CONC. Es cierto,
y bien mirado, no es tanta
su fealdad... Yo le encuentro
un no sé qué... al primer pronto
me pareció... lo confieso,
algo extraño, mas despues
visto con detenimiento...
REM. Hablando en plata, sobrina,
á tí te gusta el isleño.

CONC. ¿Qué? ¿no vale mucho mas
que ese par de majaderos
que me pretenden? Un hombre
fino, obsequioso, discreto...

REM. Si, pero es casado.

CONC. ¡Dále!
ya lo sé. No tengas miedo,
que aunque celebre sus prendas
me enamore del prendero.

REM. Vamos, todas sois lo mismo;
eso es innato en el sexo.
Al que os obsequia y os ama
le poneis cara de perro,
y os parece antojadizo
y tiene muchos defectos.

CONC. Aqui lo que importa, tia,
es pensar, buscar el medio
de que don Gaspar...
(Se oye la voz de D. Amadeo en la escalera.)

AMAD. (Desde fuera.) ¡Eh! ¡Hola!
¡No hay nadie aqui! ¡Camarero!

REM. (Corriendo á la puerta del foro y volviendo.)
Esa voz... ¡No hay duda, es él!

CONC. ¿Quién es él?

REM. Don Amadeo.

CONC. ¿Qué hacer si viene á este cuarto
y nos vé?

REM. ¡Qué contratiempo!
Si es una calaverada,
sobrina, lo que hemos hecho.

CONC. Huyamos de aqui.

REM. Imposible;
nos vá á ver. (Corre al foro y vuelve.)
¡Que viene!

CONC. Entremos.
en este cuarto.
(Señala al gabinete de la izquierda.)

REM. ¡Dios mio!
Esto es un poco indiscreto;
en la alcoba de un casado
dos doncellas. (Entran en el gabinete.)

ESCENA III.

D. AMADEO, D. ÁNGEL por el foro.

AMAD. (Entrando.) Bueno, bueno.
(Dirigiendo la palabra hácia fuera.)
Diga usted que aqui le aguardo,
y nada mas... ¡Caballero
oficial! (A D. Angel.)
ANG. ¡Mi coranel! (Cuadrado.)
AMAD. Sentémonos. (Se sienta.)
ANG. (Se sienta.) Bien, sentémonos.
AMAD. Ahora, mientras viene el prójimo
hablemos un poco.
ANG. Hablemos.
AMAD. ¿Vió usted á don Narcisito?
ANG. Si, mi coronel.
(D. Angel coloca su mano derecha á la altura de la frente para hacer el saludo militar. D. Amadeo le dá una palmada en el brazo para evitar el saludo.)
AMAD. Me alegro.
¿Y qué dijo ese muchacho?
ANG. Mi coronel, tiene miedo.
AMAD. Pues se batirá.
ANG. Lo dudo,
mi coronel.
(Vuelve á repetirse el juego del saludo.)
AMAD. ¿Si? ¡está fresco!
ANG. El muchacho es un recluta
que no está avezado al fuego,
y en cuanto supo el motivo
de mi visita, al momento
me dijo el mozo, que nunca
habia sido su intento
ofender al coronel,
y que era una prueba de ello
la carta que á don Gaspar
habia escrito, ofreciendo
dar una satisfaccion
cumplida. Al oir aquello,
iba á largarle un cachete

al mocoso... y por respetos
á usia...

AMAD. La única vez
que ha obrado usted con talento.

ANG. Mil gracias, mi coronel;
(Saluda y D. Amadeo vuelve á darle su golpe en el brazo.)
pero hay que advertir, que luego
vino la madre del niño
y me llenó de improperios.
Yo sufrí que me dijese
que olia á cuartel, ranchero,
pero al decirme, faccioso,
coronel, me quedé ciego.
¡Faccioso á mí, que he servido
ocho años con Espartero!
A mí, que entraba en accion
cantando el himno de Riego,
y que mataba á los blancos
gritando vivan los negros;
y que puedo engalanar
con la laureada mi pecho.
¿Es verdad, mi coronel,
que el insulto fué sangriento?
Levanté el baston y... ¡crac!...
con la contera, un espejo
que detrás de mí se hallaba,
le rompo, y al mismo tiempo
la madre grita—«ladrones,»—
y el chiquillo grita—«fuego.»—
Temiendo los resultados
pretendo huir, y el muñeco
se me interpone. De un lapo
le hago ir á besar el suelo.
Abro la puerta, me escurro,
en busca de usia vuelo,
en esta calle vecina
le hallo, y aqui acaba el hecho.

AMAD. Usted siempre fué muy...

ANG. ¿Bruto?

AMAD. Pues basta que usted lo...

ANG. Es cierto,

mi coronel. (Saludando.)

AMAD. Y obró usted
con poco tacto.

ANG. Lo siento, (Saludando.)
mi coronel.

AMAD. Otra vez
no hay que propasarse.

ANG. Bueno,
mi coronel. (Saludando.)

ESCENA IV.

DICHOS, D. GASPAR por el foro.

GASP. ¿Dos señoras?
¿quién serán? (¡Calle! ¿qué veo?
si es...) Señores...

AMAD. (Levantándose.) ¡Don Gaspar!

GASP. ¡Caballero! (A D. Angel.)

ANG. ¡Caballero!

AMAD. El señor es mi padrino.

ANG. Servidor de usted.

GASP. Celebro...

AMAD. Es un teniente.

GASP. Buen grado.

AMAD. Para su edad no es muy bueno.
Sentó plaza el treinta y dos;
ya vé usted que en el ejército
no hizo mucha suerte.

GASP. Claro.

AMAD. Otros hay que en menos tiempo
son generales.

GASP. Seguro.

AMAD. Con que ya vé usté.

GASP. Sí veo.

(D. Amadeo le dice aparte á D. Gaspar los versos siguientes, mientras D. Angel sigue cuadrado á alguna distancia de ellos)

AMAD. Fué mi asistente tres años,
y desde entonces le tengo
cierto cariño... es un hombre
valiente y honrado... Pero

hoy en dia en la milicia
solo se premia al talento...
el pobre que es algo romo,
como... el señor... ya está fresco.
Pero, en fin, vamos al caso.

GASP. (¡Gracias á Dios!)

AMAD. Há un momento
habló el señor con Narciso.

GASP. Á próposito, aqui tengo
una carta para usted.

AMAD. Ya lo sabia, y por eso
he venido.

GASP. (Dándole una carta.) Aqui está.

AMAD. Gracias.
Con permiso. (Abriéndola.)

GASP. Usté es muy dueño.

AMAD. Me dá una satisfaccion (Despues de leer.)
completa, y con el objeto
de aclarar ciertos errores
me cita en el Café Nuevo.

ANG. Es decir, hablando en plata,
don Narciso tiene miedo.

GASP. Yo no opino como usted,
señor don...

ANG. Angel Robreño,
teniente de infanteria
y natural de Hornachuelos.

GASP. Mil gracias. Pues bien, repito
que yo, señores, no veo
en esa satisfaccion,
como el señor dice, miedo.
Narciso al darla, se porta
como cumple á un caballero;
yo haria lo mismo que él
en su caso, y no me tengo
por medroso. Usted acusa
á una mujer, sin derecho
para acusarla, y su honra
pone usted en grave riesgo.
Pues bien; si lo que usted cree,
coronel, no fuera cierto;
si don Narciso jamás

logró el favor mas pequeño
de esa mujer que usté afrenta
sin motivo con sus celos,
¿por qué pues no ha de decirle:
«Mi señor don Amadeo,
usted en esta ocasion
tiene ojos y está ciego.
Usted padece un error,
y yo no quiero ni debo
permitir que de su honra
usted dude por mas tiempo?

(D. Narciso sale por el foro derecha, y al ver á don Amadeo se cubre la cara con el sombrero.)

NARC. ¡Demonio!... Que estan aqui
los cosacos... Esperemos.

(Cruza el forillo y desaparece por la izquierda. Narciso debe llevar una venda que cruzada por la frente le cubra un ojo.)

AMAD. Cuando hay pruebas...

GASP. Coronel,
permítame usté un consejo.
Para hacer lo que usted hizo
es necesario primero
conquistar el corazon
de la mujer, ser el dueño
de su amor, y aun asi debe
el hombre ser mas discreto.
Hay apariencias que engañan,
y no es prudente ni cuerdo
en cosas que á la honra tocan
hacer lo que usted ha hecho.

AMAD. ¿De manera que usted sigue
en sus trece?

GASP. Ya lo creo.

AMAD. Está bien: veré á Narciso,
y despues que terminemos
con él, volveré á ponerme
á sus órdenes.

GASP. Le espero.

AMAD. Don Gaspar, yo soy muy franco.
He obrado mal, lo confieso;
pero si usted quiere guerra

la habrá.

GASP. Á su eleccion lo dejo.
Si usted le dá á esa señora
satisfaccion por completo,
yo retiro mis palabras;
pero si no, las mantengo.

AMAD. ¡Don Angel!

ANG. ¡Mi coronel!

AMAD. Vamos. Abur.

GASP. Hasta luego.

(D. Gaspar los acompaña hasta la puerta del foro. Doña Remedios y Concepcion asoman la cabeza por la del gabinete.)

ESCENA V.

D. GASPAR, DOÑA REMEDIOS, CONCEPCION.

REM. Ya se van.

CONC. ¡Gracias á Dios!

REM. Tiemblo como un cascabel.
¿Qué dirán?

CONC. ¡Pist! ¡pist'

GASP. (Volviendo, con asombro.) ¡Señora!

CONC. Señor don Gaspar, tal vez
al verme usted en su casa
critique mi proceder.

GASP. De esa visita, señora,
yo siempre pensaré bien,
que ademas de honrarme mucho
en verla tengo un placer.

REM. (Debo estar como la grana.)

CONC. Pues yo... (¿Cómo empezaré? ..)

GASP. (Se turba... baja los ojos...
¡Bravo!)

CONC. (A Doña Remedios.) (¡Díle algo, mujer!)

REM. (¿Pero yo qué he de decirle?) (A Concepcion.)

CONC. (Tú que siempre hablas por diez
y ahora te has quedado muda...)

REM. (Pero...)

CONC. (Vamos, háblale.)

REM. Pues... como íbamos diciendo,

usted puede suponer
que esta visita tendrá
alguna causa.

CONC. Eso es.
Mi tia me dijo: «Concha,
don Gaspar, segun se vé,
por defendernos arriesga
su vida, y es menester
ir al instante á su casa,
que aun será tiempo tal vez
de evitar algun conflicto.»
Y yo... vamos, ya se vé,
como en respetar sus órdenes
siempre he tenido un placer...

REM. (Vamos, ya me ha echado el muerto.)

CONC. (Dí algo.) (A Remedios.)

REM. Digo...

(D. Narciso aparece por el foro izquierda, mirando hácia el foro derecha. Concepcion y Doña Remedios al verle lanzan un grito, desapareciendo precipitadamente por la puerta del gabinete de D. Gaspar. Este se queda asombrado un momento.)

REM. y CONC. ¡Ay!

GASP. ¡Eh!

(Narciso entra en la escena mirando siempre hácia el foro.)

ESCENA VI.

D. GASPAR, D. NARCISO.

NARC. ¡Ay, don Gaspar de mi vida! (Abrazándole.)

GASP. (¡Maldito seas, amen!)
(Desprendiéndose de él.)

NARC. Voy á cerrar esta puerta
con el permiso de usted.
(Cierra la del foro.)

GASP. (¡Vaya un hombre inoportuno...
¿Qué hago? No sé lo que hacer.)
(Mira á través de los visillos de la puerta del gabinete.)

NARC. De esa manera no hay miedo

me sorprenda el coronel.
—¿No sabe usted lo que pasa?

GASP. Si no me lo cuenta usted...

NARC. Pues bien: me han desafiado.

GASP. ¿Si? Me parece muy bien.

NARC. Pues yo, señor don Gaspar,
no soy de ese parecer:
la ley prohibe los duelos
y yo respeto á la ley.
Y luego, que yo no puedo
batirme: ya lo vé usted,
estoy tuerto, y si me ataca
por la izquierda el coronel,
como no veo, está claro,
no me puedo defender.

GASP. Pues, querido, él está firme.

NARC. Demasiado que lo sé.
Si hace poco que á mi casa
vino á armarme un somaten,
y nos ha roto un espejo,
una silla y un portier;
y mi madre está sangrada,
y á mí me largó un revés
que me hizo dar una vuelta
y dí contra la pared.
Justamente habia un clavo
y—¡paf!—tropecé con él;
de manera que me ha puesto
un ojo echado á perder.

GASP. El golpe ha sido algo fuerte
segun por lo que se vé.

NARC. Mi ojo no es ojo, que es una
morcilla de Leganés.
Si ese teniente es un bruto;
tiene mas fuerza que un buey:
si es capaz de derribar
un poste de un puntapié.
Si yo manejar supiera
la espada como el pincel,
ya se habia de acordar
de mí, se lo juro á usted.
Pero ellos son militares

y yo no; ¡cómo ha de ser!

GASP. (Si no le atajo, en dos horas
no me veo libre de él.)
Y bien, señor don Narciso,
¿qué es lo que yo puedo hacer
en su obsequio?

NARC. ¡Ay, don Gaspar!
si yo tampoco lo sé.
¡Si hace dos horas me lleva
y me trae á su placer!
Si estamos representando
el cuadro de san Miguel,
y hacemos por mi desgracia
los papeles al revés,
porque yo hago de demonio
y él de ángel, y ya vé usted
que si hay algun santo aquí
el santo soy yo y no él.

GASP. Vamos, señor don Narciso,
á usted, por lo que se vé,
¿no le place el desafio?

NARC. ¡Hombre, qué me ha de placer!
¿Á quién le gusta que le abran
una ventana en la piel?
Y me la abre, de seguro,
porque él sabe... y yo no sé...
(Haciendo como que tira el florete.)
y eso de ir al matadero
como si fuera una res. .

GASP. Corriente.—¿Usted le ha citado?

NARC. Si, señor, yo le cité.

GACP. Pues es preciso acudir
á la cita.

NARC. Pero...

GASP. Es
indispensable.

NARC. ¿No hay
otro medio?

GASP. No hay.

NARC. (Dando un suspiro.) Iré.

GASP. Una vez allí, sin miedo
le cuenta usté al coronel

lo mismo que me contó.

NARC. ¿Y qué es lo que le conté?
Porque yo estoy trastornado,
bien me puede usted creer.

GASP. Hombre, la historia del talma
y del coche.

NARC. Está muy bien.
Y á propósito del coche
y el mareo, ¿sabe usted
que yo perdí su petaca?
y lo siento por el rey;
pero pierda usted cuidado,
que yo se la pagaré.

GASP. Hombre, no piense usté en eso,
que no hay tiempo que perder.

NARC. Con que yo voy y le digo
que como me mareé,
cogí, por coger mi talma,
el talma de una mujer;
que de ahí nace su error,
¿no es eso?

GASP. Sí, sí; eso es.

NARC. Que yo jamás he tenido
con Concha nada que ver.

GASP. Y luego que se convenza,
es preciso que usted y él,
como es justo, á esa señora
su satisfaccion la den.

NARC. Es muy justo. Voy á verle.

GASP. (¡Gracias á Dios!) Corra usted.

NARC. Pero ¿y si al verme el teniente
(Volviendo desde el foro.)
vuelve á largarme un revés?

GASP. Hombre, vaya usted con Dios,
que no se lo han de comer.

NARC. Tiene usted razon; me marcho.
Pero ¿y si se empeña en?...
(Tirando una estocada.)

GASP. Si llega ese caso, entonces
yo defenderle sabré.

NARC. Pero ¿y si ellos no admitieran?...

GASP. (¡A que le echo á puntapies!...)

NARC. Abur. (Volviendo.) Es usted mi ángel
tutelar.
GASP. ¡Váyase usted!
(Le coge por un brazo y lo saca hasta la puerta de foro.)
NARC. En usted confio.
GASP. (Cerrando la puerta.) Bueno.
¡Maldito seas, amen!

ESCENA VII.

D. GASPAR, solo.

Cerrando, que otro importuno
me interrumpa evitaré.
—Pues señor, la cosa marcha
cual podia apetecer.
Ella se arriesga á venir...
se interesa por mí... bien.
(Corre á la puerta del gabinete.)

ESCENA VIII.

D. GASPAR, DOÑA REMEDIOS, CONCEPCION.

GASP. Señoras, ya se ausentó, (Llamando.)
pueden ustedes salir. (Salen del gabinete.)
REM. ¡Dios mio! ¿qué vá á decir
don Narciso si nos vió?
GASP. ¿Ver?... ¡Eso quisiera él!
¡si tiene un ojo fatal!..
tal le ha puesto ese oficial
amigo del coronel. (Reparando en Concepcion.)
Pero... está usted agitada...
CONC. ¿Qué pensará usté de mí,
don Gaspar, viéndome aqui?
Por tu culpa. (A Doña Remedios.)
REM. (Pues me agrada.)
GASP. Yo nada pienso ni digo,
pues me creo muy honrado
viendo que usted se ha dignado
venir á casa un amigo.

CONC. No puede usted comprender
lo que he sufrido.
GASP. Señora,
lo comprendo, pero ahora
ya no hay nada que temer.
La puerta cerré, y asi
no corremos riesgo alguno
de que venga otro importuno
á interrumpirnos aqui.
Por lo cual, como en su casa
puede usted sin miedo hablar.
CONC. Pues bien, señor don Gaspar,
ya vé usted lo que me pasa;
y aunque explicarme no puedo
de qué proviene su error,
como aqui juega mi honor
á la verdad tengo miedo.
Ya vé usted en el apuro
que está mi reputacion.
GASP. Le darán satisfaccion
cumplida; yo se lo juro.
No sé si usted habrá oido
lo que hemos hablado aqui.
CONC. Sé, don Gaspar, que por mí
usted se ha comprometido,
y que, á fuer de generoso,
al mirarme desvalida,
pone usté en riesgo su vida
por devolverme el reposo.
GASP. No tema usted, pues confio
que no se efectúe el lance.
CONC. Es que quiero á todo trance
evitar el desafio,
porque si por culpa mia,
llegara usté á perecer...
GASP. Entonces...
CONC. No puede ser,
porque ni yo ni mi tia
lo podemos consentir.
¿No es verdad? (A Doña Remedios.)
REM. Pues está claro.
GASP. Repare usted...

CONC. No reparo.
GASP. Mas...
CONC. Que no, vuelvo á decir.
GASP. Señora, ha olvidado usté
que yo el lance he provocado,
y que el hombre que es honrado
no retrocede!
CONC. Lo sé;
pero, don Gaspar, por Dios;
si ellos la culpa han tenido
de todo lo que ha ocurrido,
que se batan ellos dos.
Si usted muriera, despues
todo el mundo creeria
que si usted me defendia
era por puro interés.
Ya vé usted que mi honor
no ganaria con eso.
GASP. Sí, señora, lo confieso
pero no puedo en rigor.
CONC. Usted me hizo una reseña,
y ahora es bien que lo recuerde,
de lo que una mujer pierde
por la cosa mas pequeña.
Ya sabe usted lo del grito
que lanzan viendo á una bella,
y luego lo otro de, «aquella
le ha matado, ¡pobrecito!»
Borron que nunca se lava
sin pensar que la mujer
vive para padecer,
nace para ser esclava,
y allá en el rico verjel
de su aurora, cual la flor,
reina un dia por amor
y sufre un siglo por él.
GASP. Por la boca muere el pez,
tiene usted razon, señora.
Le dí un consejo y ahora
me lo dá usted á su vez.
CONC. ¿Con que al fin usted rehusa
ese lance temerario?

GASP. Si es á su honor necesario
buscaremos una excusa,
pero una excusa decente.
En fin, cuente usted conmigo.
CONC. Gracias. Es usté un amigo,
pero un amigo excelente.
Tan noble resignacion
la esperaba, lo confieso,
y me ha quitado un peso
de encima del corazon.
Ya vé usté el remordimiento,
el dolor que yo sufriera
si usted por mi pereciera...
Usté, un hombre de talento,
tan franco, tan generoso,
que al mirarme desvalida
arriesga por mí la vida.
Eso seria horroroso.
REM. (Pues señor, se precipita.)
GASP. Ya que ella dió el primer paso,
voy á ponerla en el caso
que dé el segundo.) Conchita,
á la mejor ocasion
cásese usted.
CONC. ¿La mania
le coge á usted de mi tia?
REM. Y tiene mucha razon.
GASP. Asi no puede usté estar.
Si sale algun pretendiente,
señora, lo mas prudente...
REM. Es no dejarle escapar.
GASP. La soltera, del demonio
ó de su honor vive esclava,
y esa esclavitud se acaba
con la cruz del matrimonio.
CONC. Pues bien, corriente, admitido,
fuerza será doblegarme;
pero, en fin, para casarme
lo primero es un marido.
GASP. Cierto.
CONC. Pues búsquenme uno
el cual merezca mi aprecio:

no ha de ser brusco ni necio,
ni tonto ni inoportuno.
Que respete á su mujer,
que le hable á su corazon;
en fin, que posea el don
de amar, de hacerse querer:
porque ustedes convendrán
que no es cuerdo ni cristiano
que yo le entregue mi mano
al primer pelafustan
que se ponga ante mi paso.
Pues bien, si como deseo
hallan uno, aunque sea feo,
tráiganlo ustedes: me caso.

GASP. (El momento es oportuno.
Yo aprovecharle sabré.)
Hombres como busca usted
creo que no habrá ninguno.

CONC. Pues los hay.

GASP. No contradigo;
pero si usted me indicara
alguno, mucho me honrara
el tenerle por amigo.

CONC. Ya sabe usted, don Gaspar,
que hay en la tierra mortales
que por sus prendas morales
es indispensable amar.

GASG. (¡Valor! pues ya llegó el dia
que mi corazon ansiaba.)
Como usted piensa, pensaba
una íntima amiga mia.
Casualmente se casó
por poderes, como usted,
y de su marido sé
que era feo como yo.
Y como esta fealdad
la adquirió siendo casado,
el hombre estaba apurado
temiendo que su mitad,
que ignoraba la desgracia,
al ver por la vez primera
á su esposo, ó se muriera

ó le hiciese poca gracia.
Miróse un dia al espejo,
comprendió su situacion,
y supo su corazon
darle á tiempo un buen consejo.
Al momento lo aceptó,
y como el plan consistia
en que el esposo debia
morir, por muerto se dió.
La esposa llegó á creer
la muerte de su marido,
y él con un nombre fingido
se presentó á su mujer.
Ganar supo su amistad,
su aprecio, su simpatia;
y al fin, loco de alegria,
observó que su mitad
cierto cariño abrigaba
para él en su corazon;
y perdiendo la razon
de placer, pues la adoraba,
loco se arrojó á sus pies
perdon y amor implorando.

(Cae á los pies de Concepcion. Desde los primeros versos de la relacion de D. Gaspar, Concepcion debe mostrar cierto asombro en su fisonomia, que la hace prorumpir en un grito asi que vé á D. Gaspar arrojarse á sus pies. Doña Remedios, aunque en menor escala, debe tambien demostrar igual sorpresa.)

CONC. ¡Dios mio! ¡Yo estoy soñando!
GASP. ¡Concha!
CONC. ¡Ricardo!
REM. ¡Si, él es!
Me vá á matar la alegria.
CONC. Dudo si es sueño ó verdad.
GASP. Toma, calma tu ansiedad.
(Entregándole una cartera y un retrato)
CONC. Es él: ya no hay duda, tia;
(Mirando lo que Ricardo le ha dado.)
estos los objetos son
que desde aqui le enviaba.
GASP. Prendas que yo idolatraba

con todo mi corazon.
CONC. Pero ¿por qué obraste asi?
GASP. Si no me hubieras amado,
Concha, me hubiera ausentado
con mi secreto de aqui.
REM. Como tú la hagas dichosa
la comedia te perdono.
CONC. Viviendo con él lo abono.
¿Qué mas dicha? ¡Ser su esposa!
GASP. Y pues mi plan me salió
á gusto de mi deseo,
ya lo ves, aunque soy feo,
yo he ganado.
CONC. No, fuí yo.
Pues no es tan fácil hallar
en la época presente
un marido tan decente
como el señor don Gaspar.
(Llaman á la puerta del foro.)
¿Llaman?
REM. ¿Serán ellos?
GASP. Si.
CONC. ¿Qué hacer?
GASP. Verás: poca cosa.
¿Vá á obedecerme mi esposa?
CONC. Pues es claro.
GASP. Espera aqui.
(Las conduce al gabinete.)
Terminaré el entremés.

ESCENA IX.

D. GASPAR, D. AMADEO, D. NARCISO, D. ÁNGEL, por el foro.

AMAD. En busca de usted venimos,
porque los dos convinimos
en que fuéramos los tres.
GASP. ¿Adónde?
AMAD. Á ver á Conchita,
á darla satisfaccion...
GASP. Llega usté á buena ocasion;

voy á ahorrarle una visita,
porque Concha se halla aquí.

AMAD. ¡Cómo!

GASP. Lo que oye usté.

AMAD. ¡Bah!

GASP. Usted mismo la verá.
(Se dirige hácia el gabinete.)
¡Concepcion!

NARC. } ¡Es ella!
AMAD. }

GASP. Si.

ESCENA X.

DICHOS, CONCEPCION y DOÑA REMEDIOS.

AMAD. (¡Ella! Y luego si sospecho
(Viendo á Concepcion y quedando petrificado.)
se enfada.)

NARC. (Asombrado.) ¡Ella! ¿Y á qué viene?...
(D. Amadeo se adelanta hácia Concha, D. Gaspar se interpone.)

GASP. Recuerde usted que no tiene
sobre ella ningun derecho.

AMAD. (¡Es verdad! Yo lo tendré.) (Conteniéndose)
Escúcheme usté un momento.
Señora, yo me arrepiento
de haberle faltado á usté!
Soy un hombre sin malicia,
que nunca conoció vicios,
con la hoja de servicios
mas limpia de la milicia.
Soy coronel retirado,
y ahorré un poco de dinero,
me canso de ser soltero
y deseo ser casado.
Todo esto y mi corazon
le ofrezco de buena gana:
si usted lo acepta, mañana
nos echan la bendicion.

CONC. Don Amadeo, le advierto
que el señor es mi marido.

AMAD. ¡Usted! (Asombrado y retrocediendo.)
GASP. ¡Yo!
NARC. (¡Pues se ha lucido.)
AMAD. ¿Y quién es usted?
GASP. El muerto.
AMAD. ¡El muerto!
GASP. Resucitado.
AMAD. De modo que todo fué...
GASP. Comedia.
AMAD. Á los pies de usté.
(Queriendo estallar, pero conteniéndose.)
(Ahora si que me ha chafado.)
(Váse por el foro.)
(D. Angel que ha permanecido siempre detrás de D. Amadeo, se coloca delante de Concepcion, saluda y desaparece detrás del coronel.)
ANG. Repito.
NARC. Yo no me enojo, (Saludando.)
lo juro á fé de Narciso. (A Gaspar.)
(A Concha.) Que aproveche.—Con permiso.
Me voy á curar el ojo. (Váse por el foro.)

ESCENA ÚLTIMA.

D. GASPAR, CONCEPCION, DOÑA REMEDIOS.

GASP. Ahora, Madrid ó la Habana
elige para vivir.
CONC. Eso no: tú has de elegir
lo que te diere la gana.
Mi amor y mi voluntad
desde hoy serán de mi esposo,
porque en hacerte dichoso
cifro mi felicidad.
GASP. Pues prepara el pasaporte
si no tuerzo tus deseos,
pues los hombres son mas feos
en la Habana que en la córte.
Por cuya razon emigro.
REM. Y yo.
CONC. Y yo.
GASP. Bien, me alegro.—

(Al público confidencialmente)
Como hay allí tanto negro
no corro tanto peligro.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia no hallo inconveniente alguno en que su representacion sea autorizada. Madrid 22 *de setiembre de* 1859.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

EN TRES Ó MAS ACTOS.

Sueños de amor y ambicion.
La córte del rey poeta.
Juan el Tullido (segunda edicion).
El ángel malo.
La muerte de Jesus.
Retratos y originales.
La hija de Fernan Gil.
Juan Diente.
Herencia de lágrimas.
La dicha en el bien ajeno.
El cura de aldea (segunda edicion).
La mala semilla.
El rey de bastos.

EN UN ACTO.

Los extremos.
Calamidades.
Cuarzo, pirita y alcohol (juguete lírico).
Ver y no ver.
¡Alumbra á tu víctima!...
Las garras del diablo (juguete lírico).
El maestro de baile (segunda edicion).
La mosquita muerta (segunda edicion).
Géneros ultramarinos.
El vértigo de Rosa.